

Paisajes de Andalucía es una colección de 1.200 imágenes retrospectivas procedentes de distintos archivos, colecciones y publicaciones que abarcan desde finales del siglo XIX a la década de 1960, que reflejan el paisaje andaluz de nuestros antepasados más próximos. En algunos casos se incluyen fotografías actuales para comparar los cambios experimentados.

Las imágenes se presentan en un DVD, organizadas y clasificadas por provincias, de forma que puede ser instalado y visualizado en cualquier PC con versión a partir de Window 98.



Paisajes de Andalucía **Imágenes retrospectivas**



Paisajes de Andalucía

Imágenes retrospectivas



Paisajes de Andalucía

Imágenes retrospectivas

Sevilla, 2007



«¡Oh campo, oh monte, oh río
Oh secreto seguro deleitoso!»

FRAY LUIS DE LEÓN

Edita

Consejería de Medio Ambiente

Fuensanta Coves Botella

Consejera de Medio Ambiente

Juan Espadas Cejas

Viceconsejero de Medio Ambiente

José Guirado Romero

Director General de Gestión del Medio Ambiente

Dirección Facultativa

José María Fernández-Palacios Carmona

Documentación y Coordinación técnica

José Manuel Rubio y Paco Portillo

Diseño y montaje de la aplicación informática

Paco Portillo y Juan Manuel Delgado Marco

Coordinación editorial

Diego Arce

Diseño gráfico

Jacinto Gutiérrez & Laduna estudio

Producción TRAGSA

Silvia Renau Casla

Impresión

TF Impresores

Fotografía de cubierta

Cuevas de Almanzora
Almería, 1929. Hernández Pacheco

Depósito legal: SE-9871-07

ISBN: 978-84-96776-26-5

9 Presentación

FUENSANTA COVES BOTELLA

11 Por qué el paisaje

JOSÉ MANUEL RUBIO

31 En torno al paisaje

JOSÉ MANUEL RUBIO

39 El hombre y el paisaje

JOSÉ GONZÁLEZ ARTEAGA

59 Paisajes de ayer y hoy

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ-PALACIOS CARMONA

79 Procedencia de las imágenes

JOSÉ MANUEL RUBIO

89 Banco documental de paisajes de Andalucía

JUAN MANUEL DELGADO Y PACO PORTILLO



**Cortijo La Reyerta; al fondo,
Torre de Lopera. Utrera, Sevilla.**
h. 1950.
Archivo familia Cuevas-Carmona.

El alma de un territorio

FUENSANTA COVES BOTELLA
Consejera de Medio Ambiente

El paisaje viene a ser el alma, la esencia de un territorio, en donde se funden en amalgama inseparable naturaleza, historia y cultura. El paisaje es dinámico, sujeto a continuo cambio; se modela y remodela a lo largo del tiempo en un proceso en el que acumula información de su historia, que va dejando la huella de los acontecimientos por los que ha pasado. Como un río, es una especie de «continuum» en el que cada etapa no se puede interpretar sin las precedentes. Casi se podría afirmar que tiene vida y reflejo de memoria.

Por eso, una aproximación a los paisajes de una tierra resulta, ante todo, un esfuerzo de aprehensión e interpretación de la variedad casi infinita de elementos y componentes que entran en juego para conformarlos. Se trata de hallar un discurso coherente, capaz de ordenar el aparente caos de información que percibimos para traducirlo a un lenguaje de armonía. Aunque un paisaje es siempre imagen, es mucho más que eso: es la expresión de un sistema de relaciones ecológicas subyacentes que percibimos con los cinco sentidos, y cada individuo lo internaliza de una manera subjetiva. Es un flujo de información entre el medio externo y el sujeto que la interpreta con una componente emocional nada desdeñable.

El género humano ha evolucionado a lo largo de cientos de miles de años inmerso en el paisaje. La capacidad de interpretar acertadamente la información que se recibe del entorno natural ha tenido valor selectivo, pues es evidente que no todos los paisajes resultan igual de acogedores para sobrevivir. No debe sorprendernos, por ello, el magnetismo universal que ejerce el paisaje sobre todos y cada uno de los individuos de nuestra especie. La inclinación a la contemplación e interpretación de nuestro entorno, aparte de un ejercicio de curiosidad intelectual, tiene un fundamento genético, y de ahí la importante componente emocional mencionada. Quizás sea éste el motivo por el que el paisaje nunca nos es indiferente, está dotado de una carga vivencial. Es así, por tanto, que se convierte en una poderosísima herramienta de educación y sensibilización ambiental.

Y ésta es la razón de ser de la iniciativa que tiene en sus manos –«Paisajes de Andalucía: imágenes retrospectivas»–, una interesantísima selección de documentos de antaño del territorio andaluz. Un meritorio trabajo de búsqueda cuyo resultado, con más de 1.000 escenas, se incorporan al embrión del Archivo de Imágenes de Paisajes de Andalucía. Una iniciativa que contribuirá al estudio de los cambios del paisaje acontecidos en Andalucía y a reforzar los lazos de identidad con nuestra tierra, impulsando con ello el sentimiento de defenderla frente a las agresiones.

Quisiera, por último, agradecer la desinteresada contribución de personas e instituciones, públicas y privadas, que han hecho posible esta iniciativa.



Por qué el paisaje

Homenaje al Profesor Hernández Pacheco

JOSÉ MANUEL RUBIO

El término paisaje designa al espacio que visualizamos, siempre parte de la superficie terrestre, que es modificada rápida o lentamente por la acción, por un lado, de las fuerzas naturales interrelacionadas y variables en el tiempo a distintas escalas temporales –desde variaciones diarias a seculares o milenarias–; y por otro, se les superponen o suman los efectos más o menos profundos que ejercen los hombres, con sus variadas actuaciones y usos en cada lugar.

Hoy, en muchos casos, valoramos lo perdido y, a veces, intentamos recuperarlo, mientras que en otros, perseguimos mantener y cuidar lo que hay. En cualquier caso, con la iniciativa que presentamos, pretendemos recuperar imágenes, en su mayoría fotográficas, de paisajes, digamos, naturales entre comillas, porque ¿qué es lo «natural»?

Mejor quizá debiéramos decir que incorporamos imágenes en este inventario en el que priman aquéllas en las que aparecen sobre todo fenómenos o realidades naturales: relieves, roquedos, aguas y vegetación que, en casos, pueden ya haber sufrido transformaciones hoy. Constatarlo será una segunda parte de la tarea que damos ahora a la luz y que consistirá en repetir los puntos de vista y valorar las transformaciones que se hayan producido.

Se trata, pues, de recuperar imágenes que alcanzan lo que en nuestros rastreos hemos encontrado, mejor o peor documentadas y que se detienen en la década 1960-70. Somos conscientes de que esto sólo es un inicio. Estamos seguros de que existen cientos de imágenes que pudieran unirse a éstas, y nos gustaría que así fuera en futuras ediciones, ya que hablamos, evidentemente, de un inventario abierto.

En muchas instancias se habla de la necesidad o el gusto por recuperar la memoria histórica. Es lo que intentamos: materializar en imágenes, rescatadas de múltiples procedencias, cómo fueron los paisajes «naturales» andaluces. Somos conscientes de que hay otros muchos campos en los que hacer lo mismo. Desde la Consejería de Medio Ambiente nos ha parecido adecuado circunscribirnos a éste.

Contábamos, al principio, con una importante base de fotografías realizadas a principios del siglo XX por un señor científico, a quien el paisaje le atrajo como expresión de síntesis, susceptible de análisis para las Ciencias de la Naturaleza, porque en él apa-

Profesor
D. Eduardo
Hernández
Pacheco



Charco del Fraile en el río Jándula
Jaén, 1929.
Hernández Pacheco.

recen combinados gráficamente toda clase de fenómenos naturales. Aunque el eje de sus conocimientos fuese la Geología, él utilizó mucho la palabra «Fisiografía» y para sus trabajos científicos sobre España siempre buscó el apoyo de fotografías que él mismo hacía y que supusimos se conservaban en algún lugar.

Se trataba de Don Eduardo Hernández Pacheco que, aunque geólogo, fue un naturalista en toda la extensión de la palabra y en sus publicaciones, junto a la citada ciencia, aparecen sistemáticamente y tratadas con profundidad las aguas, el clima y la vegetación. Y en el Departamento correspondiente de la Facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense estaba el archivo fotográfico, tal como él lo dejó y al que, generosamente, se nos permitió acceder y reproducir.

Hernández Pacheco no se limitó únicamente a esas temáticas. Publicó un excelente y poco común libro sobre nuestro medio natural como condicionante de muchos fenómenos de nuestra historia, sin que ello suponga que cayese en el determinismo. En sus descripciones de paisajes integró las actuaciones humanas como modeladoras del mismo y, naturalmente, sus interrelaciones. Fue un libro de lenta elaboración que no apareció hasta 1952, publicado por la Real Sociedad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, con el título *El solar en la Historia de España*, de 776 páginas, con 380 grabados y 6 láminas de mapas plegados.

Luego, en los años 1955 y 1956, aparecería su obra magna, *Fisiografía del solar hispano*, en dos volúmenes de 666 y 796 páginas, publicada por la misma institución que la anterior y que tenía un precedente, aparecido en 1934 con el título *Síntesis fisiográfica y geológica de España*, con 584 páginas, 29 grabados y 137 láminas de fotos. En ellas aparecen muchas de las fotos que hemos seleccionado para nuestra publicación.

Como mentalidad científica se inscribe –y son palabras suyas– en la forma de pensar de Alejandro Humboldt, cuando éste escribió sus maravillosos *Cuadros de la Naturaleza*.

En otra línea, desde principios de siglo se involucró en el movimiento pionero de protección de la Naturaleza, en relación con el marqués de Villaviciosa de Asturias, Pedro Pidal, ponente en las Cortes, allá por 1914, de la creación de nuestros primeros Parques Nacionales.

En 1923 fue el delegado español en el Congreso Internacional de Protección de la Naturaleza, celebrado en París. Y luego, en 1929, se le nombró delegado-inspector de Sitios y Monumentos Naturales de Interés Nacional, dentro de la entonces creada Comisaría de Parques Nacionales.

Desde esta institución fue el responsable de la publicación de las monografías que se hicieron, titulándolas *Guías de los Sitios Naturales de Interés Nacional* y de las que salieron tres pequeños volúmenes entre 1931 y 1933, hoy reeditados, por su trascendencia, por el órgano de Parques Na-



El Palo, costa de Málaga.
h. 1925.
Hernández Pacheco.

cionales equivalente al de entonces. Como ya comentaba líneas atrás y me parece importante volver a ello, para el profesor Hernández Pacheco la palabra paisaje era susceptible de adquirir una carga científica de síntesis y explicativa, que merecía la pena consolidar como herramienta expositiva para las descripciones y análisis de los fenómenos estudiados por las Ciencias Naturales y la Geografía, y ello le llevará a lo que poco más adelante veremos.

Por otra parte, en relación con su personalidad científica, se le consideró, aparte de naturalista, geólogo, pero aunque muchas de sus contribuciones fueran en este campo, reducirle a esa condición no sería justo. Si nos aproximamos a sus publicaciones o constatamos las instituciones que se honraron nombrándole miembro de número y no sólo en España, sino en bastantes países europeos e hispanoamericanos, veríamos que practicó con notable acierto la Paleontología, la Antropología, la Etnografía y, quizás más que otras, la Prehistoria. Y en cualquiera de sus escritos, si el tema lo requería, no dejó de incluir acertadas páginas de otros campos de las Ciencias Naturales, como el clima, las aguas, la vegetación o el mundo animal. Luego, cuando avanzaron los años, en sus expediciones científicas a África, por ejemplo, buscó la colaboración de especialistas en esas materias.

Quizá por esa visión «humboldtiana» y con un sentir que geógrafos de la vieja escuela, como el que esto escribe, teníamos muy claro, le considerábamos como un faro orientador al que mirar e imitar. La Universidad Central de Madrid creó y sacó a oposición una cátedra, nominada de Geografía, en la Facultad de Ciencias Naturales. No, como pudiera pensarse, de Geografía Física, sino de Geografía a secas. Eso fue en 1923, y algunos geógrafos de la postguerra civil le debemos mucho a Don Eduardo y a alguno de sus seguidores, por su amplitud de miras y algo que llamaría «espíritu geográfico» del maestro, que conectaba con otras disciplinas.

Hoy, en el mundo científico de muchas áreas de conocimiento, la palabra paisaje ha funcionado como catalizadora o sinérgica y se le ve mucha utilidad. Tanta que no hace mucho se ha elaborado una Carta Europea para la protección de los paisajes y se ha desencadenado todo un interés prospectivo en esa línea, del cual, querámoslo o no, formamos parte, puesto que la aproximación al paisaje no es patrimonio de ninguna ciencia o profesión.

La preocupación del profesor Hernández Pacheco por el paisaje como medio o como objeto para el análisis científico de los espacios terrestres la tenía tan interiorizada que, cuando fue requerido por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales para pronunciar el discurso inaugural del curso 1934, eligió como tema del mismo *El paisaje en general y las características del paisaje hispano*. Nos parece oportuno seleccionar parte del texto del discurso, incorporando



sobre todo las referencias a Andalucía, por dos motivos: el primero, de testimonio y homenaje a aquel ilustre profesor, y el segundo para que el lector vea y juzgue del acierto y de la actualidad de sus planteamientos.

El paisaje en general y las características del paisaje hispano Resumen del discurso de Eduardo Hernández Pacheco (Madrid, 1936)

Es frecuente que cuando se trata de los paisajes de un país, el estudio sea puramente descriptivo, sin entrar en el análisis de la razón de ser del tipo de paisaje, ni menos determinar las causas naturales que le producen. En cambio, se juzga, por lo común, del paisaje por la impresión estética que produce en el que le observa y describe, obteniéndose, frecuentemente, deducciones de índole y carácter totalmente ajenas al paisaje en sí.

Con frecuencia la realidad es muy diferente de las deducciones que por este camino se obtienen. Así, cuando se habla de la Campiña Andaluza, se la suele considerar en relación directa con el carácter alegre, vivo y espiritual de los andaluces.

Aun sin llegar a deducciones del tipo relatado, son consecuencias de orden puramente estético las que resultan de las descripciones y análisis que por lo común se hace de los paisajes de determinada comarca o región. Por lo general se estudian e interpretan los paisajes por el efecto que en el espectador producen y, por lo tanto, según el modo de apreciar de cada observador y el estado de su ánimo.

El punto de vista en que me situaré para hacer el estudio del paisaje en general y de los paisajes españoles en particular es muy diferente a lo dicho anteriormente. Haré un estudio exclusivamente objetivo del paisaje, considerándolo como resultante de las condiciones naturales que le crean. Es, en suma, un ensayo de estudio científico naturalista del paisaje lo que intentaré hacer, en cuanto se refiere a las características de la fisiografía terrestre, método que tiene un brillante surgir en los maravillosos *Cuadros de la Naturaleza* del gran Humboldt, el creador de la Geografía Física. El paisaje en el sentido geográfico que le estudio, le defino como «la manifestación sintética de las condiciones y circunstancias geológicas y fisiográficas, que concurren en un país».

Según esto, el paisaje es la resultante del ambiente geográfico y del medio geológico.

De este concepto se deduce que el conjunto de lo que constituye la Naturale-

Torcal de
Antequera
Málaga, 1935.
Hernández Pacheco.



Vista de Gibraltar desde La Línea
Cádiz, 1935.
Hernández Pacheco.

za de un país es lo que forma su paisaje, y aquellos elementos naturales que se manifiestan patentes a la vista del observador son los elementos constitutivos y los factores que le componen o integran.

De ellos, los que considero elementos componentes fundamentales del paisaje, en mi modo de ver, son dos: el roquedo y la vegetación, teniendo que tener presente, en el primero, la constitución litológica, por un lado, a la que sumar, por otro, su disposición tectónica.

Así, por ejemplo, cuando en las calizas predomina la estratificación horizontal, surge en el conjunto, por el modelado terrestre ejercido por las intemperies, la fisonomía tabular, con sus formas típicas de mesas y muelas o los detalles de formas ruiformes, como las de la Ciudad Encantada o las del Torcal de Antequera. Si, por el contrario, la estratificación es vertical o la tectónica se caracteriza por el intenso plegamiento, se producen en el relieve montañoso, las formas agrias y agudas en crestería, como las de las ásperas serranías occidentales de la Penibética. Pero en todo caso, sea cualquiera la disposición tectónica, un paisaje de calizas tiene características comunes que las hacen inconfundibles con las de otra clase de rocas. El granito, por su lado, roca que en la Península ocupa enormes extensiones, por sus caracteres de roca eruptiva, no se presenta en capas, sino en masas divididas según planos, o sea diaclasas, que se cruzan en tres direcciones principales y originan formas de erosión en bloques prismáticos, que acaban por redondearse, y forman los típicos canchales, los colosales cantos y las piedras caballeras. Otras rocas granudas de origen arenáceo, como también los conglomerados, tienen como planos principales de erosión los de estratificación, que combinados con los, por lo común, perpendiculares de juntura, dan origen a formas esquinadas, ásperas y en extremo pintorescas, semejando torreones y ruinosos bastiones de ciclópeas fortalezas, como las del paraje denominado Los Órganos en la pintoresca hoz de Despeñaperros, en Sierra Morena.

Las areniscas, desigualmente cementadas, producen singulares riscos, arcadas y concavidades, como las que encontramos en el Paleógeno de la provincia de Cádiz, en las montañas que rodean la depresión pantanosa de la Janda.

La «launa» y demás detritus lapídeos que cubren las laderas de las montañas del seco clima de Almería, acaravados con frecuencia, es lo característico de tales comarcas pizarrosas y terrosas, engendradoras de paisajes desolados y subdesérticos.

El segundo de los elementos componentes fundamentales constitutivos del paisaje es la vegetación. En la mayor parte de los casos el elemento vegetal es lo que da la característica más patente y decisiva al paisaje de un territorio, región o comarca.

Cabo de Gata
Almería, h. 1930.
Hernández Pacheco.



En una ordenación del elemento vegetativo, para los efectos que estudiamos, surge como clasificación primordial considerar los tres principales tipos de formaciones vegetales: el bosque, el matorral y la pradería. Bellos por la fortaleza de la masa vegetal e imponentes por la densidad de una misma especie arbórea, vencedora en la concurrencia vital e implacable lucha de la Naturaleza, son los bosques monotípicos, como el de los pinsapos de la Serranía de Ronda, que vegetan en la zona de cúspides de dichas montañas y que, por el interés científico que tienen y por su belleza excelsa deben ser respetados y conservados, declarando a tales parajes «Sitios de Interés Nacional», poniéndoles bajo la salvaguarda y protección del Estado.

En los bosques politípicos, o sea en los que conviven diversas especies arbóreas, la belleza del paisaje aumenta por lo variado de los matices. Su principal representación la hallamos en los sotos y la toponimia nos indica, muchas veces, cual es la especie dominante: Olmeda, Alameda, Saucedá, etc.

Aparte de los sotos que acompañan en ancha cinta arbórea a los ríos hispanos, debe citarse como ejemplo importante de bosque politípico, el hondo valle de las Batuecas. Más bien que un bosque, pudiera ser considerado como selva, por lo denso, enmarañado de la vegetación arbórea y de matorral, constituida principalmente por la encina y el alcornoque, el tejo y las más gigantes madroñeras que en Europa existan.

Cuando hace años alguien preguntó en la Academia cual debería ser la especie arbórea mas típica, propia y representativa de España, contesté en los siguientes términos: «Si se escogiera un árbol representativo y emblemático de España ninguno lo sería con más razón que la encina, pues por todas las comarcas y regiones de la tierra hispana se extiende abundante y frondosa. Y si este emblema debiera ser dos ramas enlazadas, de especies arbóreas diferentes; a la rama de la encina debiera unirse la del olivo, transformación cultivada del espontáneo acebuche».

El segundo tipo de formación vegetal que debemos considerar en el paisaje geográfico es el matorral. Es muy extensa la formación de jarales, en donde jaras, jaguarzos y otras cistáceas, en asociación con la madroñera de lustrosas hojas y rojos frutos, el oloroso mirto, el lentisco y la cornicabra, la olivilla, los cantuesos aromáticos, de moradas inflorescencias, que con diversas cupulíferas, como la coscoja, llenan el ámbito de la gran extensión que, por el tono verde oscuro de esta vegetación, de hoja persistente, bien merece el nombre de Sierra Morena.

En las zonas centrales y meridionales de la Península, de seca estación veraniega, eliminando el matorral, se originan las dehesas con arbolado, especialmente de encinas, cuyo follaje verde oscuro entona en bellos y plácidos paisajes con el pastizal de color cambiante, según la época del



Murallas de Cádiz
h. 1920.
Hernández Pacheco.

año: verde claro en los otoños e inviernos, policromado en primavera y amarillo en la estación estival; asociación arbórea y herbácea, sostén también de abundante ganadería, principalmente lanar; pues la fundamental riqueza de nuestra España está en sus campiñas, en sus tres aspectos: ganadero, agrícola y forestal.

He dicho que el segundo grupo de elementos complementarios del paisaje son los del elemento acuoso: el mar, los lagos, las aguas corrientes y el agua sólida. El mar es el elemento complementario que más se aproxima por su importancia a los dos elementos fundamentales: roquedo y vegetación. Sin embargo le incluyo en los complementarios porque por sí solo, el mar, aun con toda su majestuosidad no debe considerársele como paisaje, no obstante sus diversos aspectos. Sólo cuando el mar forma parte de un paisaje terrestre, aunque elemento complementario se convierte en preponderante, como acontece en los paisajes costeros: así un acantilado debe su grandiosidad y belleza al oleaje que contra él rompe violento.

A la cerrada curva que la cordillera Bética forma, al pasar de Europa a África y a las dislocaciones tectónicas de sus terrenos mesozoicos se debe la incomparable belleza de las costas del Estrecho. En el Mediterráneo Occidental, la cordillera Bética, frente a su prolongación baleárica llega, entre los cabos de Palos y San Antonio, con arrumbamiento normal al litoral. Por la misma causa que en el estrecho de Gibraltar, por los movimientos tectónicos acaecidos al final del Terciario, la cordillera presenta su frente costero roto, dislocado y recortado en pintorescos accidentes.

Contribuyen las aguas corrientes, en gran manera, a componer el paisaje introduciendo en él la variedad y el tono alegre y, con mucha frecuencia, las características de amenidad y placidez que hacían exclamar a Fray Luis de León:

«¡Oh campo, oh monte, oh río
Oh secreto seguro deleitoso!»

Únicamente el Guadalquivir tiene sus tres zonas fluviales normales: río heredero directo del gran golfo plioceno, que por elevación general y lenta del valle bético, fue acortándose poco a poco su entrante, hasta quedar, en los tiempos cuaternarios, reducido al extenso estuario de la actual zona de marismas, relleno de sedimentos en el curso de los tiempos protohistóricos e históricos.

Los cursos fluviales procedentes de las serranías Penibéticas, como el Guadalhorce, con su conocido e imponente tajo del Gaitán, y el Guadiaro, por cuyos cauces en grieta, van, por alardes de ingeniería, respectivamente, las vías férreas de Bobadilla a Málaga y de Ronda a Algeciras. Otros cauces, como los del río Verde y del Guadalmina, han tajado las calizas mesozoicas en gargantas tan estrechas y hondas que son completamente impracticables en trayectos de varios kilómetros.



Carmona
Sevilla, h. 1930.
Hernández Pacheco.

La Sierra Morena debe su fragosidad a lo profundo y encajado de los cauces de los ríos afluentes al Guadalquivir, tales como los del Jándula, Guadalmellato, Guadiato, Bembézar y Viar; excavados en las rocas pizarrosas, grauvacas, cuarcitas, conglomerados y calizas paleozoicas o en los granitos y sienitas. En las ásperas laderas de estas vallonadas profundas, la erosión ha labrado rudos peñones y escarpados tajos rocosos, que destacan entre la densa maraña del matorral espeso. Son notables los altos e inaccesibles tajos rocosos de la ruda y selvática hoz del Bembézar.

En el sur de las sierras de Cádiz, en los peñones del campo de Gibraltar, inmediatos a la pantanosa depresión del Barbate, como en las sierras de Grazalema, los grupos de numerosos buitres, tomando el sol en actitudes heráldicas, completan de manera perfecta el hermoso y bravío cuadro de la Naturaleza.

La influencia climatológica africana se manifiesta pasado el Estrecho de Gibraltar y se acentúa hacia levante, alcanzando su máximo desarrollo en las regiones del sureste peninsular. Los vientos húmedos que, procedentes del Atlántico, penetran en la Península por el golfo de Cádiz, se condensan en lluvias copiosas al chocar con las altas y escarpadas montañas del extremo occidental de las serranías Béticas, en cuyas laderas que dan frente al tercer cuadrante, a consecuencia de la gran pluviosidad que sobre ellas se precipita, la vegetación se desarrolla exuberante, en contraste con la aridez de las vertientes opuestas, al socaire de los vientos húmedos y al resguardo de los aguaceros; fenómeno que se presenta como caso exagerado en la Sierra de Grazalema, cuya ladera del suroeste es uno de los parajes españoles en donde cae mayor cantidad de lluvia. Por el mismo fenómeno la cumbre del abrupto peñón de Gibraltar se la ve casi siempre empenachada con su jirón de nubes. Pero como la gran cordillera Bética se presenta alineada de oeste a este, las condensaciones ejercidas por las cumbres montañosas van agotando la humedad atmosférica procedente del Atlántico, y pasadas las altas cúspides granadinas, los vientos llegan casi secos a las serranías y campos de Almería y Murcia, que reciben poco más de 200 mm anuales de lluvia.

La vegetación, combinada con un tipo común de relieve litológico, engendra paisajes diferentes de una región a otra: así, el elemento vegetal, que es predominante en los países del norte de la Península, decrece según se avanza hacia el sur, en donde el bosque y el matorral se va aclarando cada vez más, predominando las formaciones rudas, escarpadas y singulares del roquedo; fenómeno que también se realiza de poniente a saliente.

En comprobación de este hecho, en los paisajes calizos de las comarcas occidentales de la cordillera Bética, tales como los de la serranía de Ronda, la vegetación y el roquedo armonizan en



Fábrica de cerámica
de La Cartuja de Sevilla
Orillas del Guadalquivir, h. 1930.
Hernández Pacheco.

pintoresca compensación. En cambio en las peladas serranías orientales de la cordillera, el elemento vegetal aminorado al extremo, deja al descubierto la rudeza litológica, sin la vestimenta y adorno que el bosque y el matorral frondoso prestan al roquedo en las serranías occidentales, dotadas de las beneficiosas influencias atlánticas.

En lo que llamo la Hispania arcillosa, en la que incluyo, entre otros espacios, el extenso valle del Guadalquivir, se suceden los mismos materiales litológicos: las arcillas y las margas o los aluviones arenáceo-arcillosos. En el valle bético son sedimentos terrígenos procedentes de las tierras que encuadraban al entrante que el mar mioceno y plioceno ocupó en lo que ahora es valle del río.

Mientras que la Hispania silíceo es esencialmente ganadera y la Hispania calcárea forestal, la Hispania arcillosa es del dominio preferente de la agricultura: de las grandes extensiones de campos cerealísticos, de los viñedos extensos, del olivar más frondoso y de los regadíos ricos y fructíferos.

La característica topográfica y la constitución geológica descritas, hacen que en la Hispania arcillosa el elemento natural que únicamente puede dar belleza a estas llanuras, sea la vegetación. La espontánea, por las condiciones de clima y, en menor grado, de suelo, no se muestra, en general, frondosa, sino más bien, en grandes extensiones, rala, constituida por matas leñosas, especialmente tomillares, y otras plantas de las que se han denominado estepas españolas; resultando, como carácter general, paisajes de tipo subdesértico, con el terragal al descubierto en las cárcavas que la erosión produce fácilmente en materiales tan poco coherentes como las arcillas y las margas.

En las campiñas béticas, el yerbazal, verde en los inviernos y floreciente en primavera, cubre el suelo de las vegas y otros que no ocupan los habares y los campos de cereales, cuyo mar, de verdes o doradas espigas, oscila en suaves oleadas al soplo de las ráfagas atlánticas. En otros parajes el extenso olivar ocupa amplios espacios. En la campiña sevillana el naranjal llena de aromas el ambiente. Los caminos están bordeados de chumberas, y de pitas, de cuyo centro se elevan, cual esbeltos candelabros, los erguidos y altos pitacos. En las suaves colinas de Montilla y en los campos jerezanos prosperan los verdes pámpanos y los jugosos racimos amados del alegre y ruidoso Dionisos, y en los tartesios prados del Bajo Guadalquivir, los toros y los caballos veloces, son el ornamento de la llanura.

Considerando, en su conjunto, la Península Hispánica, sus paisajes se caracterizan por la variedad y la diversidad, y, en general, por el armónico conjunto que en ellos presentan el roquedo y la vegetación. Carácter también saliente de los paisajes hispánicos, es la luminosidad; el cielo limpio y luminoso; con luz en el roquedo, luz en la vegetación y luz en las alturas.



En torno al paisaje

JOSÉ MANUEL RUBIO

La noción intuitiva que nos sugiere la palabra paisaje –no bien definida ni precisada en nuestro Diccionario de la Lengua–, tiene, sin embargo, una carga semántica que no se cuestiona desde ningún campo de los que la utilizan. Lo que se hace, desde cada uno de ellos, es precisar su significado en función de la finalidad con la que se la vaya a emplear. En cualquier caso, sí podemos afirmar que el paisaje es siempre imagen.

Imagen referida a una realidad espacial de la superficie terrestre, captable por nuestros sentidos, siendo la vista el fundamental. En general no forzamos el punto o el modo de observación o percepción. Podemos, en algún caso, atalayar para agrandar el espacio a ver o ganar ángulos de visión pero, en principio, no nos separamos de la superficie terrestre, como tampoco reducimos el campo a espacios mínimos.

La noción de paisaje está unida a la de horizontes, planos, fondos, niveles y, por supuesto, formas. No solemos auxiliarnos de aparatos de aumento y, valga la imagen, tendemos a trabajar y a contentarnos con representaciones de grano grueso; los campos o hechos menores tendemos a no considerarlos paisaje; a lo sumo elementos del mismo, que sólo su repetición puede convertir en informadores.

Dado que nuestra aproximación al paisaje parte de la observación de lo visible, hemos de decir que lo visible nos lleva a lo fisonómico. Y lo fisonómico es «el conjunto de rasgos o caracteres visibles que le confieren una identidad a un objeto»; en nuestro caso al paisaje.

Rasgos y caracteres visibles son hechos o realidades que están ligadas a formas topográficas y formas biológicas, que tienen unos volúmenes y una distribución, y que pueden ser de origen tanto natural como antrópico.

No se trata sino de combinaciones de los elementos tierra, agua, aire y vida, con sus proporciones, organización y propiedades de luz y color. Y al haber empleado la palabra combinación, hacemos de ella la palabra clave de lo que es el paisaje. Porque cualquier paisaje es siempre combinación de hechos; mas no hechos yuxtapuestos; sino hechos interrelacionados, interconectados, estructural y funcionalmente.

Campo de Olvera
Cádiz, h. 1950-60.
Archivo Familia Cuevas
Carmona.

Sierra Nevada
Granada, 1920.
Archivo Espasa.

Valle de los Pedroches
Córdoba, 1955-1965.
Autor desconocido.

Guadix
Granada, 1950.
Archivo Espasa.

Puente del Churre
Lora del Río, Sevilla,
1900-1910.
Autor desconocido.

Río Guadalquivir
1930.
Hernández Pacheco.



Peña de Arias Montano
Alajar, Huelva, h. 1930.
Hernández Pacheco.

Pero al estar haciendo avanzar así mi razonamiento estoy apuntando a definir lo que yo, geógrafo, quiero y creo que es el paisaje. Ello podrá coincidir con lo que se piense desde otros campos científicos, pero puede no informar la actitud que ante el paisaje tengan otras personas, como pudieran ser pintores o escritores, que lo podrán percibir y plasmar bajo la óptica de otros impulsos mentales y/o vivenciales.

Y es que mientras el científico enfoca el análisis o la representación del paisaje a la búsqueda de constantes peculiares, de explicaciones causales, de relaciones y de interdependencias, tendentes a realizar abstracciones y valoraciones cuantitativas, en honor a la objetividad, el artista lo hará desde sus capacidades sensoriales y su formación artística, sin otros presupuestos previos, de acuerdo con su vivencia estilística y sus aptitudes de expresión, lo mismo que lo hará el literato o el simple narrador.

El científico parte, pues, en el comienzo del análisis, percibiendo en cada caso una combinación de hechos interrelacionados, perceptibles y que, considerados así, como ha disociado con suma claridad el profesor González Bernáldez, pionero señero en este campo, constituyen el llamado «fenosistema», mientras que cuando pasamos a su explicación causal, al cómo actúan dentro de él las relaciones causa efecto y al cómo funcionan y evolucionan sus elementos, –lo que es el objeto fundamental de la investigación del científico– analizamos lo que el profesor citado denominó «criptosistema».

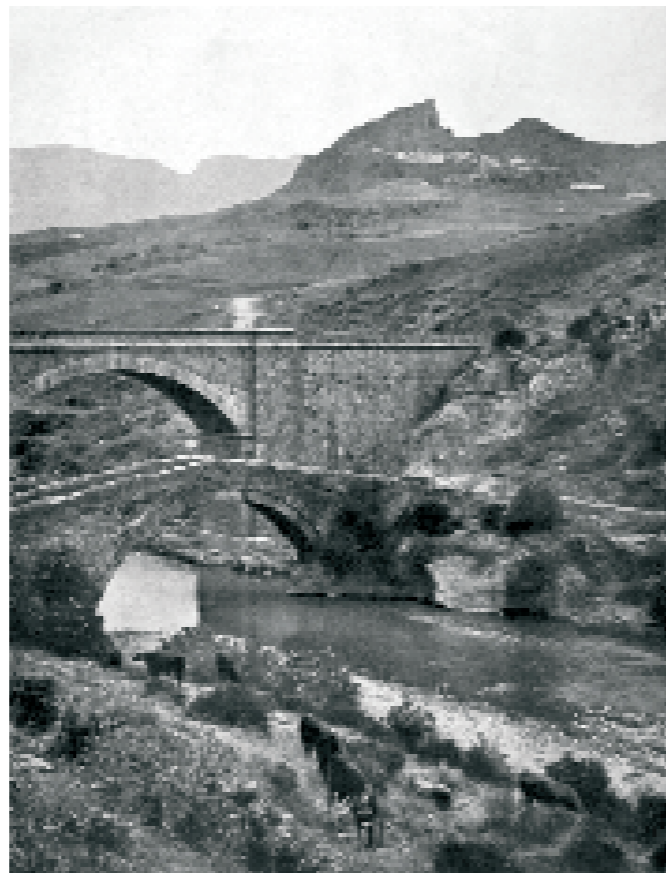
Para el científico, en su percepción, hay una inseparabilidad entre ambos conjuntos de realidades. El conocimiento del «fenosistema» nos sitúa solamente en el pensar precientífico, en el de conocer y describir sin explicar. Mientras que el análisis y conocimiento de «criptosistema» nos lleva a la explicación. Y de la unión de ambos podremos obtener constantes, fundamentos taxonómicos, postulados, leyes y planteamientos teóricos.

Todo esto ocurre porque vemos y percibimos –como dice la teoría de la percepción– sólo en razón de nuestros diferentes patrones mentales, configurados por patrones culturales, que hunden sus raíces en nuestro pasado histórico. También se observa y se percibe en función de una capacidad, organización y vivencia mental personal, que no deja de estar condicionada por una conciencia social o de grupo. En todos los casos siempre existirán dos flujos de información a la hora de captar y reflejar o describir un paisaje: el procedente de la propia, rica y compleja realidad y el que filtra cada observador, en función de sus motivaciones, destacando para él lo significativo y simplificando siempre, en mayor o menor medida, la imagen.

Reconozcamos paladinamente la incapacidad de captar la realidad en su total complejidad. Aún



Explotación minera de La Zarza
Calañas, Huelva, h. 1929-1930.
Hernández Pacheco.



Puentes sobre el Guadalete
Actual embalse
de Zahara de la Sierra, 1950.
Archivo Espasa.

sin proponérselo, simplificamos. Se trata de algo inherente a nuestro quehacer mental. Destacar o precisar en cada circunstancia cuáles han de ser los rasgos diferenciadores de un paisaje y con qué rango los vamos a ordenar o jerarquizar expositiva o plásticamente, salvo que exista un preacuerdo, es siempre una cuestión subjetiva y personal. Resulta así evidente que para el análisis científico es absolutamente necesario hacer una anticipación justificativa del punto de vista adoptado o ajustarse, si lo hay, a algún tipo de preacuerdo que tienda, al menos, a reducir componentes subjetivas.

Como en el pintor o en el escritor, el razonamiento de la mente del científico, cuando se proyecta en una representación, enfatiza en lo que quiere que destaque, en lo que elige como eje de su discurso y elimina, margina o difumina lo demás. Incluso cuando fotografiamos tratamos de que sobresalga aquello para lo que va a servir la imagen o, simplemente, lo que nos gusta. Si podemos –y hablo como científico, pero también como fotógrafo– no creo que nadie se resista a buscar que lo representado tenga no sólo expresividad sino también estética.

Al igual que en el mundo del Arte, también en la Ciencia nos movemos entre el realismo figurativo y el simbolismo o esquematismo más o menos surrealista o abstracto.

Debe quedar claro, pues, que habría dos campos de análisis en relación con los paisajes: el establecimiento de cuales son los patrones de belleza de los mismos y cuales son los motivos o las causas de que los grupos humanos hayan establecido o establezcamos dichos patrones, por un lado; y el de cada campo científico para su propio quehacer, por otro. El segundo no plantea dudas, pero con respecto al primero no nos queda sino acudir de nuevo a lo que dice F. González Bemáldez «si bien se ha escrito desde tiempos remotos sobre la belleza y las calidades estéticas de los espacios naturales, la preocupación por el análisis científico experimental del tema es relativamente reciente».

Que nos ligamos emocionalmente a los paisajes que vivimos creo que es un hecho innegable, puesto que cualquier recreación o descripción de un paisaje, salvo que se haga por un móvil estrictamente científico, tiene una motivación vivencial. En mayor o menor medida nos ligamos al espacio o espacios en los que vivimos y su contemplación puede, o tiende, a despertar sentimientos y afectos que, por placenteros, identificamos o consideramos como bellos.



La choza, primer habitáculo marismeño.
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.

El hombre y el paisaje

Transformación de las Islas del Guadalquivir, 1926-1930

JOSÉ GONZÁLEZ ARTEAGA

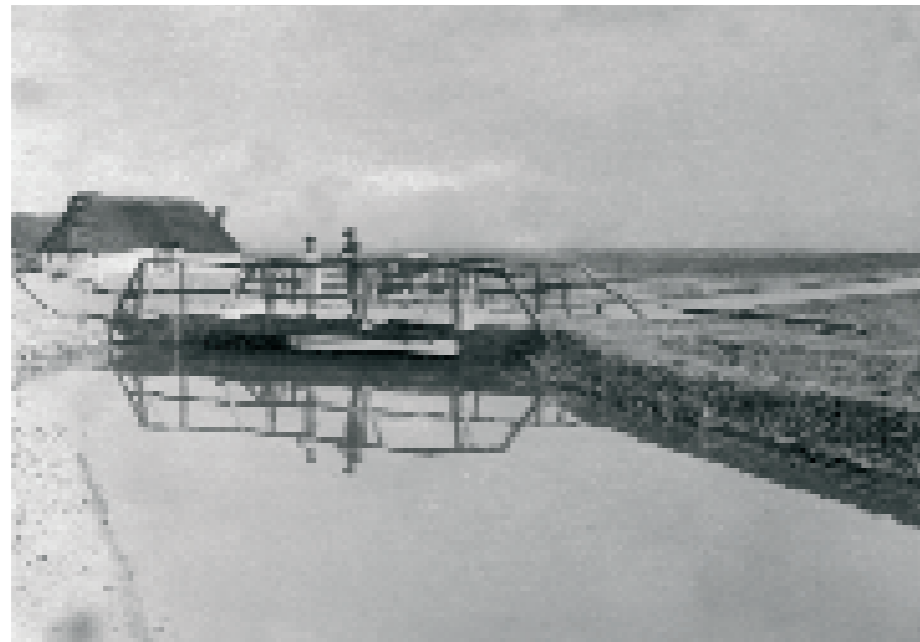
Fotografías Serrano

Dentro del vasto territorio que suponen las Marismas del Guadalquivir (136.000 ha) una porción nada desdeñable –el 26,6 por ciento– se la reparten tres islas que, como consecuencia de los diversos brazos en que se divide el Guadalquivir desde Sevilla a su desembocadura, han formado dicho río: Islas Mayor, Menor y Mínima. Dichas Islas no comenzaron a despertar de su letargo hasta bien entrado el siglo XX (años veinte) –hasta entonces habían supuesto unas tierras improductivas, desiertas demográficamente hablando y un área a conquistar y colonizar– cuando hacen su aparición dos compañías que se van a disputar la concesión de las marismas de la margen derecha, con la intención de desecarla y colonizarla.

Una de ellas, La Agraria del Guadalquivir, S.A., contaba con capital exclusivamente español, siendo sus fundadores el ingeniero de Caminos, Canales y Puertos Carlos Mendoza y Sáez de Argandoña, en representación de él mismo, y Vicente Echevarría y Carriaga, director general del Banco de Vizcaya, como delegado de la entidad, siendo ésta, por tanto, la que se compromete a financiar las obras. Al parecer, el interés de Carlos Mendoza por dichas tierras se remonta a noviembre de 1920, en que, al amparo de la ley de 24 de julio 1918¹, ve la posibilidad de hacerse con ellas. A tal efecto –y para oír sus opiniones– llegan a las marismas a tres ingenieros de minas: J.P. Hutchins, americano, Lorenzo Carlson, sueco, y Severiano Vega de Seoane, español, que coincidieron en las grandes posibilidades que ofrecían tan extensas planicies. El desfile de personajes no acaba ahí, sino que, con el fin de convencer a la Administración de la posibilidad del proyecto y hacerse con la concesión, comienza un rosario de consultas a expertos extranjeros. Al final, se escogió para dirigir el trabajo a T.H. Cory, personaje relevante en EEUU, que había trabajado en la colonización de terrenos de regadío y su puesta en cultivo por soldados americanos que regresaban de la Gran Guerra; igualmente, había logrado encauzar el río Colorado, y era, por tanto, un experto en colonización². Junto a Carlos Mendoza se va ocupar del proyecto, mientras que

1. Se publicó en la Gaceta del 27. Fue denominada como Ley Cambó, por el ministro que la hizo posible. Por ella, el Estado podía conceder «la desecación y

saneamiento de lagunas, marismas y terrenos pantanosos y encharcadizos, siempre que la superficie saneada o desecada fuese superior a 100 hectáreas».



Puente en el Rincón de los Lirios
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.

los trabajos de investigación serán encargados a una serie de jóvenes ingenieros españoles, que estudiaron sobre el terreno durante varios meses.

Hasta ese momento, Carlos Mendoza había actuado por su cuenta, pero al recibir unos informes muy positivos y ver tan halagüeñas perspectivas, se lanza a la búsqueda de capital para la financiación de los trabajos, encontrándolo –como hemos apuntado anteriormente– en el Banco de Vizcaya, que se convierte en el capitalista, quedando él como presidente de la Compañía.

El proyecto que presenta³ pretende la concesión de 63.000 ha de terrenos en las marismas del Guadalquivir, con el fin de proceder a su saneamiento, desecación, lavado y preparación de las tierras para su transformación en terrenos de regadío, acogiendo a los beneficios que establecía la Ley Cambó, aunque renunciaba expresamente a la subvención del 50 por 100 que dicha Ley ofrecía.

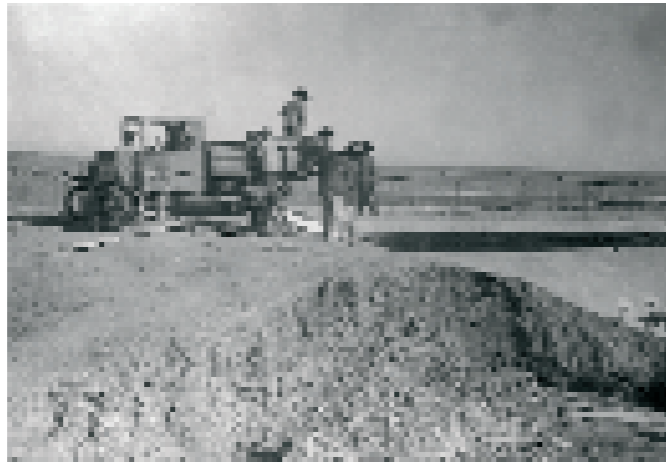
En la *Memoria* se describían las obras que pretendían llevar a cabo para las distintas operaciones de desecación, saneamiento y lavado de los terrenos y su preparación para el cultivo, proponiéndose para esto último el sistema de drenaje como el más perfecto y seguro. Las pretensiones eran las de dedicar una cuarta parte de los terrenos (16.000 ha) al cultivo del algodón y a la constitución de verdaderas granjas experimentales, con la rápida transformación de las marismas. Igualmente, se preveían las aportaciones de todo el capital necesario con el fin de obtener, desde el primer momento, el máximo rendimiento agrícola; así como la entrega al labrador de las tierras en completa preparación y puesta en cultivo, con lo que pretendían hacer fácil la colonización y parcelación posterior. También, y por separado, solicitan 250 millones de metros cúbicos anuales de agua para el lavado de las tierras y su puesta en regadío.

La compañía oponente es la denominada Islas del Guadalquivir, S.A. (popularmente conocida como *de los ingleses*), que se funda el 25 de octubre de 1926, con un capital social de 20 millones de pesetas, fundamentalmente británico y suizo, siendo su presidente Rodolphe Luescher, director de la banca suiza y principal accionista. El origen de la sociedad se debe a la visita que en el año 1923 hicieron dos ingleses a las Marismas del Guadalquivir invitados, al parecer, a una cacería de patos. Uno de ellos, Remigio Eric Fisher, trabajaba en aquellos momentos para una compañía inglesa en el delta del Nilo y creyó ver en la zona grandes posibilidades. Su acompañante, lord Milnor, presidente de la compañía para la que trabajaba Fisher, continuó su viaje a Francia con la intención de reunir el capital necesario para constituir una sociedad que pusiera en cultivo tan extensas tierras, mientras que Fisher permaneció en Sevilla con el fin de establecer los con-

2. Noticias extraídas de la Memoria presentada por la Compañía y existente en el Archivo Provincial de Las Palmas de Gran Canaria. Fundación Leopoldo Matos.

Legajo 85. Expediente 237.

3. B.O. de la Provincia de Sevilla, 15-4-1926.



Construcción de puente en Calonge
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



Obras en Colinas
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.

tactos que permitiesen organizar la empresa, la cual quedó rápidamente constituida, granjeándose la amistad y la simpatía de personajes influyentes de la capital hispalense que le ayudaron a conseguir sus propósitos⁴. Pero también influyó que el dinero comenzó a circular en abundancia; y así, mientras la compañía opositora empleaba toda su energía en exponer su proyecto y rebatir al contrario, Fisher, haciendo gala de un gran pragmatismo, compra 150 ha en el pago denominado Rincón de los Lirios, en la misma entrada de la Isla Mayor, donde comienza inmediatamente las obras, y negocia en enero de 1927 la compra de la totalidad de la citada Isla (24.844 ha) al marqués de Casa Riera, que se hace efectivo en el mes de febrero, por valor de 9.300.000 pesetas.; más tarde, compra 23.000 ha a Basilio del Camino y Hnos., en Aznalcázar, por 5.473.000 pesetas.; también se hicieron con la totalidad de la Isla Mínima (2.540 ha) y consiguieron una opción de compra de 10.800 ha en las marismas de Hinojos. Así, a 31 de diciembre de 1927, se valoraba su inversión en 23.669.744 pesetas⁵.

Los financieros de aquellas operaciones fueron cuatro banqueros europeos: los suizos Luescher y Wherli-Thielen, el francés Bemberg y el inglés Rechnitzer. Una vez constituida la sociedad, emitió 40.000 acciones preferentes de 500 pesetas cada una, teniendo aprobado la emisión de otras 40.000. Al mismo tiempo, se pusieron en circulación 200.000 cédulas de fundador, sin valor nominal, que llegan a las 1.000 pesetas. La sociedad contraía con estas cédulas el compromiso de repartir dividendos después del reparto de las acciones. Más adelante, y ante la desafortunada marcha económica de la empresa, se realizó una emisión de 40.000 obligaciones de 500 pesetas al 6 por 100 de interés, con garantía hipotecaria sobre los terrenos de la sociedad, emisión que fue suscrita, casi en su totalidad, por inversores catalanes. Al no aprobarse el proyecto, el capital británico se retira, siendo sustituido por fondo argentino, representado por el ingeniero de Caminos, Canales y Puertos Francisco García de Sola, amigo del ministro de la Dictadura prorroiverista Rafael Benjumea Burín, gran propietario agrario sevillano.

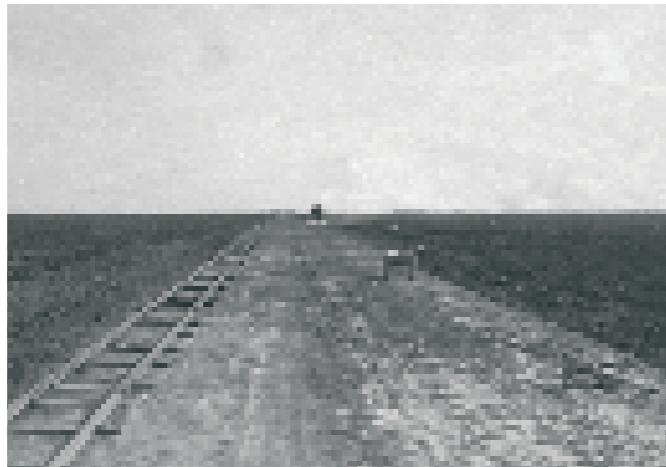
El proyecto fue presentado por Francisco Gómez del Toro y por Fisher, pidiendo la concesión de 65.000 ha de terreno de marismas en la margen derecha del río Guadalquivir (Islas Mayor y Mínima, Marisma Gallega y Vega de La Puebla del Río), para su desecación, saneamiento y puesta en cultivo, con arreglo, igualmente, a la ley de 24 de julio de 1918, acogiéndose a los beneficios que la misma establecía en cuanto a la declaración de utilidad pública y exenciones tributarias, renunciando, como la anterior compañía, a subvención alguna del Estado, y comprometiéndose, una vez que

4. Una historia de la formación de la Compañía y de la personalidad aventurera de R.E. Fisher puede verse en ABC de 7 de noviembre de 1982, págs 28-29.

5. Fuente: Memoria del Sindicato arrocero de Sevilla. Sevilla, 1959



Construcción de caminos para el «ferrocarril» de la Compañía Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



Railes de la vía férrea que atravesaba la Isla Mayor de este a oeste
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.

obtuviese la concesión, a llevar a efecto inmediatamente la adquisición de los terrenos y a poner en ejecución las obras. Hacen constar también en el proyecto que han adquirido ya una parcela –el Rincón de los Lirios– donde están realizando ensayos de cultivo de algodón y que se encontraba en plena producción, estándose instalando bombas para el riego y drenaje. En dichas tierras –continúan– se proponían cultivar seis variedades de algodón egipcio, cuatro de algodón americano, cuatro de arroz, tres de maíz y otras semillas, que ya, afirmaban, se estaban ejecutando.

Proyectan, como necesidad para la explotación de los terrenos solicitados, la construcción de diques adecuados que evitasen fuesen inundados por las riadas del Guadalquivir, del Guadiamar o de algunas de las pequeñas corrientes de agua que atraviesan las marismas. Se proyecta, igualmente, encauzar el Brazo de la Torre, empleando malecones en las márgenes, y otros en la orilla izquierda de los caños de Brenes y Pescador, con los que esperaban conseguir dejar aislados los terrenos en dos porciones. En estos recintos se ejecutarían los canales de drenaje necesarios para recoger las aguas de lluvia, lo que se haría con bombas para arrojarlas al exterior⁶.

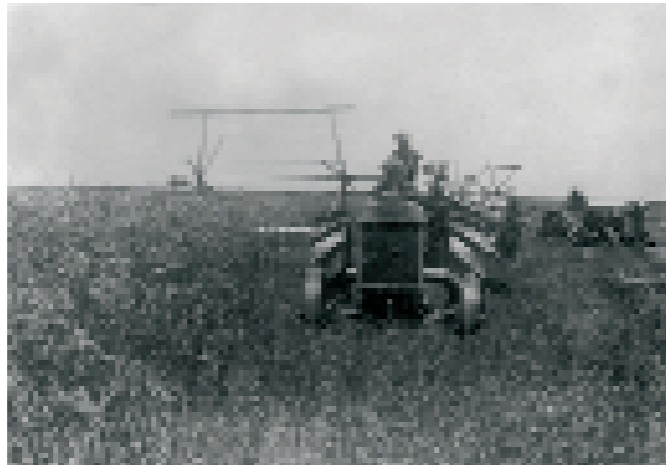
De un exhaustivo análisis de los dos proyectos y de toda la documentación existente relativa al enfrentamiento entre las dos compañías, se desprende la similitud de ambos, aunque difieren, fundamentalmente, en la concepción respecto a la forma de llevar a cabo la colonización. El método que propone la compañía Islas del Guadalquivir, S.A. da preferencia a cultivadores de la región que deseen establecerse en los nuevos terrenos, en los que se harían parcelaciones de 10, 30 ó 50 ha, facilitándoseles viviendas (casas agrícolas), material, ganado y enseñanzas para sembrar cultivos especiales. El arrendamiento consistiría en una participación en los productos recolectados, de manera que los futuros colonos no necesitasen ningún capital para su establecimiento, y les estaría permitido la adquisición de las tierras a largo plazo mediante el pago de anualidades con los productos agrícolas, con lo que, se decía, el colono que quisiese trabajar seriamente, en pocos años podría llegar a ser propietario de la parcela que ocupase.

La compañía Agraria del Guadalquivir tacha de pueril el proyecto anterior. Para ella, la mayor parte de los contingentes de colonos no serían útiles para el proyecto, pues se tratarían de trabajadores que habrían fracasado en las tierras donde antes estaban, y los individuos que convenían a tal fin serían aquellos que habían ahorrado ya algún dinero y se habían ganado la confianza de los propietarios de las tierras que cultivaban. Estos serían, por propia naturaleza, conservadores, pues ya estaban establecidos y el moverse les supondría un sacrificio. Son, pues,

6. B.O. de la Provincia de Sevilla. 15-4-1926.



Construcción del muro de contención de Los Pobres
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



Primeras cosechas recolectadas en el Rincón de los Lirios
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.

de la opinión que los que desean cambiar constantemente de sitio pertenecen a una masa inútil, con pequeño o ningún capital. Consideran una utopía el que fuesen a colonizarse de un modo satisfactorio las marismas antes de que quedasen definitivamente demostradas sus condiciones agrícolas, y de que la preparación de las tierras para su riego pudiese conseguirse de un modo tan rápido, uniforme, efectivo y, al mismo tiempo, económico, sólo con el trabajo individual de los colonos. Harían falta muchos años, expresan, para que la mayor parte de éstos consiguieran prepararlas, y creían que la mayoría no lo lograría jamás de modo satisfactorio, pues se presentarían numerosos problemas agrícolas, cuya solución requeriría no sólo centralizar su estudio a fin de que pudieran abordarse por técnicos competentes, sino que sería necesario organizar cuidadosamente, y bajo una dirección única, la ejecución de todos los trabajos.

Se mostraban convencidos, además, que los *buenos agricultores*, aún de las proximidades, no irían a las marismas antes de haber visto «lo que pasaría allí», por lo que la Compañía concesionaria debería abordar francamente este problema, haciendo todo lo necesario para poner las tierras en cultivo por sí misma, obteniendo algunas cosechas para demostrar las posibilidades agrícolas de las marismas. La empresa que abordase este problema, siguen diciendo, no podía contentarse con realizar todas las obras, sino que tendría que desalar completamente las tierras, terminar por entero su preparación, obtener algunas cosechas y resolver todos los problemas agrícolas importantes que se presentasen. En ese momento, y no antes, dicen, se podría pensar en arrendar o vender parcelas a colonos, que necesariamente sería gente modesta. Hasta entonces habría que cultivar las tierras a gran escala, aceptando los riesgos, o se podrían hacer contratos con personas o compañías experimentadas en esta clase de negocios, y que contarían con medios para ello, de forma que resultase beneficioso para unos y para otros.

Se tratan, pues, de dos concepciones completamente distintas de abordar lo que debería ser la colonización de las tierras marismeñas, acercándose mucho más a la realidad esta última, que fue, con algunas diferencias, lo que años más tarde se hizo.

Sin embargo, los propietarios de dichas tierras –que se sentían amenazados con el nuevo rumbo que se le quiere marcar a las marismas– no aceptan, de principio, ninguno de los dos proyectos. Los primeros que se oponen son los de Aznalcázar –destacando entre ellos Basilio del Camino Hnos.–, que objetan que dichos terrenos no pueden considerarse como marismas, ni como pantanosos o encharcadizos, y por ello no deben ser afectados por la ya tantas veces citada ley de 1918. Ello lo justifican porque la Marisma Gallega no se ve afectada por las mareas, y sólo se inundan –salvo los lucios y los caños– por las crecidas extraordinarias del Guadalquivir y sus afluentes, especialmente

Reses de Concha y Sierra a orillas del Guadalquivir
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



Primeros arrozales en Isla Mayor
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



el Guadiamar. Siguen diciendo que los terrenos de las marismas están clasificados por el Servicio del Avance Catastral de Cereales, como dehesas de pasto y pastizales; que las inundaciones desaguan por el Brazo del N.O del Guadalquivir y por los caños Travieso y del Guadiamar, quedando sólo inundados los pastos de los lucios; y que la salinidad de estos terrenos es notoria –con lo que quieren expresar que son nulos para cualquier tipo de cultivo.

Por último, hacen mención de cómo las obras de la Administración, con la ejecución de la corta Fernandina (1815) y la canalización del Guadalquivir –que cerraron las desembocaduras de los brazos de la Torre y Casas Reales– habían aumentado la importancia de las inundaciones del Guadiamar, ya que los brazos antes mencionados hacían de aliviaderos en las avenidas, quedando completamente obstruidas y reducidas su potencia de desagüe, que se comenzó a hacer por la prolongación del brazo de la Torre –convirtiéndose en el verdadero cauce del Guadiamar– y por los caños Guadiamar y Travieso.

Inmediatamente se producen también las protestas de los propietarios de la parte norte de las Islas Mayor, Menor y Vega de La Puebla (propietarios de La Puebla del Río, el Ayuntamiento de la misma villa y el marqués de Casa Riera). Establecen, igualmente, que dichas tierras no son marismas, ni pantanosas o encharcadizas, que no llegan a ellas la influencia de las mareas, que están cultivadas la mayor parte de ellas, y el resto dedicadas a la ganadería. Dicen que las inundaciones que se producen con las grandes lluvias desaguan fácilmente por medio de canales, acequias, gavias y caños construidos por los propietarios; igualmente destacan las obras de desagüe y desecación realizadas por el marqués de Casa Riera en la Isla Mayor: diques de tierra, canales y desagües con compuertas automáticas que recogían las aguas de otros canales secundarios y gavias, con lo que se facilitaba la evacuación y se impedía la entrada de las aguas de las mareas.

Con todo, esas «potentes razones» con las que se oponen a una posible expropiación, desaparecen cuando llega la hora de vender y la compañía Islas del Guadalquivir, S.A. hace una opción de compra, ya que rápidamente es aceptada por el marqués de Casa Riera y Basilio del Camino, junto a los demás propietarios, desapareciendo, por supuesto, todas las argumentaciones ya expuestas.

Consecuencia del mayor pragmatismo de esta última compañía es la puesta en práctica de algunas obras sin haber sido aprobado ningún tipo de proyecto, orientando su actuación no sólo a la denominada Zona Norte, sino también a la Zona Centro, llegando hasta la finca denominada Veta de la Palma (de más de 11.000 ha), en el extremo sur de la Isla Mayor.

Las primeras obras que emprende son la defensa de la Isla Mayor de las aguas por medio de diques y la construcción de un gran colector central para el saneamiento de los terrenos, insta-



Inundación de la marisma
Invierno 1927-28.
Marismas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



lándose al final de dicho colector una salida para el agua en época de marea baja, con compuertas automáticas y una estación elevadora para el caso de evacuación forzosa. Las estaciones se establecieron en El Puntal, para la Zona Norte, y en la Ermita, en la Zona Centro.

Las obras, muy bien dirigidas por ingenieros británicos y con gran despliegue de material moderno llegado expresamente al efecto, se iban haciendo, como indicábamos, sin redacción del proyecto y sin la aprobación del mismo por la Administración. Hasta diciembre de 1927 no fue presentado, siendo declarado insuficiente por R.O. de 22 de noviembre de 1928. A pesar de ello, en 28 de abril de 1927, Alfonso XIII visita los trabajos, acompañado de la reina, el príncipe de Gales y del hermano de éste, Jorge, plantando el rey la primera palmera del poblado que aún lleva su nombre, con lo que quedan inaugurados los trabajos, que es lo que, muy sagazmente, pretendía la compañía, cuyo director gerente era en aquellos momentos Fisher.

Hacia finales de 1927 ya había 14.000 ha al norte de la Isla Mayor rodeadas de diques, dotadas de 45 kms de canales y drenajes, conectados a bombas situadas en El Puntal y la Ermita, como se ha expuesto. Una carretera, una línea férrea de vía estrecha y otra telefónica daban la vuelta a toda la Isla Mayor, mientras que se hacían ensayos de trigo, cebada, algodón y arroz en el Rincón de los Lirios; por otra parte, se ponían en venta lotes de 3 y 4 ha a colonos que podrían llegar a ser propietarios en 10 ó 15 años.

La gran crecida del río producida por las enormes lluvias del invierno de 1927 rompió los diques, destruyó muchas de las obras realizadas y supuso la pérdida de muchos elementos de trabajo. Con todo, ello tuvo algo de positivo, ya que se vieron los fallos y se corrigieron, reconstruyéndose las obras destruidas y completándose la red de desagüe de las Zonas Norte y Centro, realizándose, además, un dique provisional de defensa de la Zona Sur; se ejecutó la estación elevadora de agua para riego de El Mármol y se comenzó la construcción del poblado Alfonso XIII.

En 1930 los trabajos de la Compañía se habían desarrollado con gran éxito técnico y energía: todos los diques habían sido reparados, reforzados y desplegados junto a la Isla Mayor; el sistema de drenaje comportaba 350 km de canales y dos bombas susceptibles de funcionar al mismo tiempo de crecida; la red de riego estaba formada por 175 km de canales y una estación elevadora en el Mármol, como ha quedado dicho; y se habían construido 150 alojamientos de colonos en Alfonso XIII, Rincón de los Lirios, El Puntal, Reina Victoria y Veta de la Palma.

A pesar de todo, la Compañía fracasó. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo unas obras que estaban tan bien cimentadas y, al parecer, dirigidas, cayeron tan estrepitosamente? Las opiniones son varias y encontradas, aunque son coincidentes en un argumento: cayó víctima de la especulación. Así, Pe-

Muelle de San Carlos
en Reina Victoria
Orillas del Guadalquivir, 1927-1930.
Colección González Arteaga.



dro Beca Gutiérrez –hijo de Rafael Beca Mateos, el que más tarde fuera el gran realizador de la puesta en valor de las Islas– ve el comienzo de la caída en la destitución, en 1929, de Fisher, como consecuencia de las diferencias sustanciales de criterio entre el Consejo de Administración y su consejero delegado «no sólo en punto a organización, régimen y eficacia de los trabajos, sino también al programa de los mismos y a la política general de la sociedad»⁷. Su cese fue anunciado en Junta general de accionistas, nombrando director a quien venía desempeñando esa función en la Confederación Sindical Hidrográfica del Segura, Francisco García Sola. Las lluvias, que volvieron a ser extraordinariamente abundantes en 1928, y la nueva ruina de la cosecha de ese año, sigue diciendo Pedro Beca, acabaron con la «autoridad» de Fisher sobre el proyecto. Critica también que «en toda aquella operación financiera hubo mucha especulación» y destaca que lo importante para la historia de la región es que aquella Compañía comenzó a experimentar el cultivo del arroz en unas tierras hasta entonces prácticamente inservibles para cualquier tipo de cultivo y consiguió, por una R.O. de 22 de mayo de 1929, autorización para poner en cultivo 12.000 ha en la Isla Mayor, viendo en todas estas realizaciones la base de la actual riqueza arroceras de las Marismas del Guadalquivir. Termina diciendo que para él lo más importante consistió en que aquellos hombres «fueron los primeros que creyeron en el futuro de esta tierra».

Sin embargo, no compartía dicha opinión Ricardo Grande Covián, que nota en todo ello un enorme montaje, auspiciado por Fisher, en el que ve a un mero especulador, que desaparece pronto de la escena, haciendo quebrar a la Compañía y suicidándose años más tarde⁸.

Algo más explícito se muestra Emilio Plate Thielin –hombre de la Compañía, que viene contratado en 1928 como ingeniero agrónomo⁹– al decir que los accionistas, una vez que hicieron subir las acciones en la bolsa londinense, dejaron que una mala gestión desprestigiara la labor que estaban realizando, con la intención de quedarse con todas ellas. Fue, pues, un fracaso consciente, estudiado y con un carácter especulativo.

Debemos constatar que su desenlace final fue enormemente negativo para la gente del entorno marismeño, que ven cómo, una vez más, se desvanecen las ilusiones puestas en aquellas tierras, cayendo en un escepticismo tal que, cuando llegue la hora de su verdadera expansión –ya en los años cuarenta, cuando el cultivo del arroz se hace realidad–, no crean en ellas (en las tierras) y se mantengan al margen, dejando el camino libre a los foráneos.

7. Declaraciones en ABC en 7 de noviembre de 1982, págs. 28-29.

8. Opinión obtenida, en su día, en charla con el insigne ingeniero.

9. Para una mayor información sobre la personalidad de Plate véase «El Correo de Andalucía» de 14 de enero de 1977. Dicha opinión la ratificamos en una entrevista realizada en la primavera de 1990, unos meses antes de su fallecimiento.



Cabo de Gata
Almería, h. 1930.
Hernández Pacheco.



Cabo de Gata
Almería, 2006
González Portillo.

Paisajes de ayer y hoy

Visiones comparadas en el tiempo

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ-PALACIOS CARMONA

Los paisajes son sistemas dinámicos sujetos a continuos cambios. Son resultado de las variaciones de las condiciones medioambientales, naturales y artificiales, que se producen en el medio. A lo largo de este proceso de modelado van acumulando (y destruyendo) información de su historia que va dejando huellas de los acontecimientos por los que han pasado. Como un río, es una especie de *continuum* en el que cada etapa no se puede interpretar sin las precedentes. Así, en cierto sentido, se puede afirmar que los paisajes tienen reflejo de memoria.

Los cambios pueden tener diferentes orígenes: los hay de índole natural y los hay de índole antrópica. En realidad, los agentes causantes del cambio siempre tienen un origen mixto pues son resultado, en mayor o menor proporción, de la integración de afecciones naturales con otras inducidas directa o indirectamente por el hombre. Todo cambio supone la construcción de una nueva realidad a partir de la modificación, más o menos drástica, de otra preexistente. Por ello, más que hablar de construcción o destrucción del paisaje habría que referirse a un proceso de «deconstrucción» permanente. La confección de este banco de imágenes retrospectivas invita al estudio diacrónico de los cambios de paisaje mediante comparación de fotografías correspondientes a diferentes épocas. La lectura interpretativa de las mismas es un interesante y estimulante experimento detectivesco de desciframiento de la trama de relaciones medioambientales subyacentes que dan lugar al escenario paisajístico. Cada individuo desarrolla una interpretación personal desde su propia perspectiva de conocimiento, y sentimiento, en la que no solo se establecen posibles relaciones causales detectadas sino juicios de valores subjetivos, positivos o negativos, sobre lo ocurrido, o simplemente manifestar sus preferencias por una u otra situación. En cualquier caso, en el análisis crítico comparativo de estos paisajes que se presentan como muestra ilustrativa del interés potencial de esta iniciativa, no se debería olvidar el contexto histórico en el que tuvieron lugar, consecuencia de una determinada época y situación. Así se evitaría caer en dogmatismos maniqueos que en ningún caso son objetivo de este trabajo.

Por último, indicar que a la vista de los resultados obtenidos, expuestos a continuación, consideramos merecería la pena continuar con este experimento que tantas posibilidades didácticas ofrece.



Poblado de Los Carrascos
Almería, 1968.
M. Magaña



Poblado de Los Carrascos
Almería, 1999.
M. Magaña

Poblado de Los Carrascos, Bacaes (Almería)

En 1955, por parte del Patrimonio Forestal del Estado, se iniciaron los trabajos de un ambicioso programa de repoblaciones en la sierra de Los Filabres. Casi 30.000 hectáreas fueron plantadas de coníferas con el objetivo principal de regulación hidrológica y lucha contra la erosión en un territorio sometido a graves procesos de abandono. La mayor actividad repobladora se concentró entre 1961 y 1972 aunque los trabajos se continuaron hasta 1983.

El par de fotografías seleccionadas –realizadas por M. Magaña y recogidas en la obra *Paisaje Forestal Andaluz. Ayer y Hoy* (2001) de Miguel Álvarez Calvente–, es ilustrativa de los cambios acontecidos en ese ámbito serrano. Muestra el poblado de Los Carrascos, cercano a la cumbre de La Tética de Bacaes (2.080 m), en los montes Cortijo del Conde y Barranco de Julián. En sus laderas, en 1968, se visualiza un patrón mosaicista de cultivos en terrazas y pastizales. Un paisaje cultural construido con enorme trabajo en un entorno hostil poco generoso en el que solo la necesidad acuciante y la ausencia de alternativas explican tanto esfuerzo. Un sistema tradicional de aprovechamiento agropecuario de subsistencia ya en esas fechas en crisis, y que hace años dejó de existir. La escena corresponde al periodo invernal. Así lo delata el espino sin hojas, en primer plano, y las leñosas caducas en los lindazos entre bancales.

Tres décadas más tarde (1999) la ruina de Los Carrascos es patente habiéndose perdido la mayoría de los tejados. El repoblado de pinos, realizado poco después de la toma de la imagen original, ha ganado en desarrollo confiriendo uniformidad al paisaje que ha perdido el aludido patrón de organización del espacio. Apenas se distinguen los bancales, también ocupados por pinos pero mezclados con otros elementos leñosos preexistentes antaño.

Al fondo, en la barranca, una línea de chopos crecidos nos indica que también la repoblación afectó a estas formaciones de ribera. Están con hojas, al igual que los arbustos del ángulo inferior derecho, por lo que la imagen corresponde a primavera o verano.



Alcornoques sobre areniscas de la Aljibe
Cádiz, h. 1920-1930.
Luis Ceballos y M. Martín Bolaños.



Alcornoques sobre areniscas de la Aljibe
Cádiz, 2001.
Julio J. Ceballos Benito

Tajos de Camilla, Los Barrios (Cádiz)

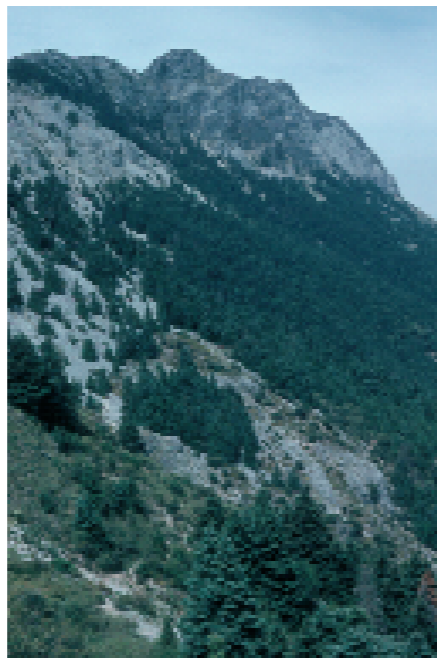
La aparición de crestas y lajas rocosas, a menudo con formas singulares, es un fenómeno frecuente en las sierras del Aljibe, al sur de la provincia de Cádiz en el entorno del Estrecho de Gibraltar. Estas formaciones corresponden a paquetes compactos de areniscas más resistentes a su desmantelamiento por parte de los agentes erosivos. La peculiaridad de sus formas los convierte a muchos de ellos en hitos de referencia e identidad territorial siendo reconocidos con topónimos específicos. Es el caso de los Tajos de Camilla, en el monte Mogeja Luenga del término gaditano de Los Barrios.

La imagen original fue realizada por los ingenieros de montes Luis Ceballos y Manuel Martín Bolaños, a finales de la década de 1920, durante los trabajos previos que condujeron a la excelente monografía *Estudio sobre la Vegetación Forestal de la Provincia de Cádiz (1930)*, todo un clásico de la bibliografía forestal española. Delante del peñón (la figura del arriero nos da cuenta de su tamaño), se nos presentan dos alcornoques medianos, ya pelados, junto a otros dos jóvenes que han sido podados para su formación tras una entresaca. Todo ello en un terreno de bloques rocosos sobre el que se desarrolla un matorral bajo que evidencia labores silvícolas de desbrozado.

La fotografía de 1999, realizada 70 años más tarde, nos presenta una situación bien diferente. Los alcornoque adultos han desaparecido, probablemente, por acción de la «seca», enfermedad de etiología compleja que produce decaimiento y muerte del arbolado y que está teniendo un fuerte impacto en nuestras masas forestales durante las últimas décadas. Así parece confirmarlo la copa desfoliada del alcornoque que asoma tras la peña, con evidentes signos de decaimiento. Como testigo mudo entre las dos épocas sobrevive, ya como árbol adulto productor de corcho, el alcornoque del ángulo inferior derecho que en los años veinte era un joven bornizo. En contraste con el pasado, el matorral está más vigoroso y espeso delatando años sin limpieza. Así lo indica la roca ahora medio oculta en donde antaño se apoyaba la figura humana.



Pinsapar de la vertiente norte de la Sierra del Pinar Cádiz, h. 1920-1930.
Luis Ceballos y M. Martín Bolaños.



Pinsapar de la vertiente norte de la Sierra del Pinar Cádiz, 2001.
Julio J. Ceballos Benito.

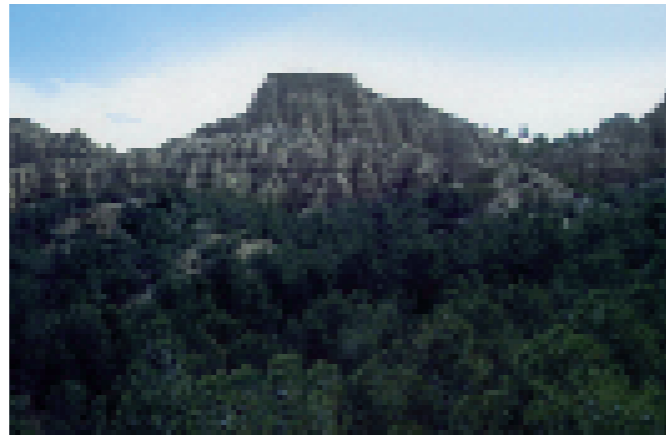
Pinsapar de Grazalema (Cádiz)

«Rodeando el reborde de la montaña, el paisaje cambia repentinamente... Los bosques de pinsapos de San Cristóbal ofrecen uno de los más sorprendentes paisajes de Andalucía. En unas tres millas a la redonda cubren en un semicírculo la totalidad del anfiteatro excavado en la ladera de la montaña. Sus masas de un verde oscuro, en contraste con las blancas rocas en las que crecen (y en invierno con la nieve más blancas aún), se agrupan hacia arriba, piso por piso, desde los 3.000 pies del nivel inferior hasta el borde abrupto de la cresta que, como cortado cuchillo, está en torno a los 5.500 pies: ¡Ojalá pudiéramos pintar la belleza de la escena!»

Con estas frases, entresacadas de la obra *Unexplored Spain* (1910), describían Abel Chapman y Walter J. Buck, cazadores y naturalistas ingleses, las impresiones de su primera visita al pinsapar, a finales del XIX, al tiempo que advertían de «la terrible destrucción» a la que estaba sometido vaticinando su pronta desaparición.

El panorama era aún más desalentador tres décadas después cuando, en 1929, fue visitado por el entomólogo A. Barbey acompañado por los ingenieros de montes Luis Ceballos y Manuel Martín Bolaños. En su libro *A travers les Forêts de Pinsapo d'Andalousie* (1931) el nieto del botánico ginebrino Edmond Boissier (descubridor para la ciencia del *Abies pinsapo*) narra la impresión que le produjo la contemplación del «espectáculo grandioso de este abetal, que se descubría de golpe» una vez asomado a las «Caídas de la Sierra del Pinar» tal y como se muestra en las fotografías de época. Impresión que debía hacer más doloroso el pesar y la amarga tristeza ante la observación de las mutilaciones infligidas por incendios, cabras, carboneros, plagas y explotaciones abusivas. En particular las talas realizadas en 1904 que, un cuarto de siglo después, todavía manifestaban sus secuelas.

En 1972 el Estado adquiere el monte Dehesa el Puerto y Hoyo del Pinar, en Grazalema y Zahara de la Sierra, suspendiéndose los aprovechamientos madereros, acotando el pinsapar al pastoreo y desarrollando una gestión orientada a la conservación de esta formación tan singular y de tanto valor ecológico. Los resultados son bien patentes al comparar las imágenes. Las apenas 200 hectáreas de pinsapar parcheado y deteriorado existentes a principios del siglo XX se han extendido hasta superar con creces las 400 hectáreas de una vigorosa masa continua en nuestros días.



El Torreón

Montes de Esfiliana, Granada, 1930.
L. Casado.

Montes de Esfiliana, Granada, 1932.
Autor desconocido.

Montes de Esfiliana, Granada, 1946.
Autor desconocido.

Montes de Esfiliana, Granada, 2001.
J. González Cordero.

Montes de Esfiliana (Granada)

En 1934, siete años después de la creación de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, se edita la primera memoria de actividades desarrolladas por el Servicio de Aplicaciones Forestales del organismo, centradas en la provincia de Granada en donde se presentaban los problemas de mayor gravedad. La obra constituye un interesante documento no solo en el ámbito forestal, en el que da fe con imágenes y textos de la penosísima situación en que se hallaban muchos montes, sino también como trabajo editorial con un cuidado diseño e ilustración gráfica, acompañado de una lograda serie de viñetas y de dibujos vinculados con las cuestiones tratadas. Desconocemos la autoría de los mismos aunque quizás sea Santiago Martínez, cuyo nombre aparece en el dibujo de la portada.

En la selección de imágenes originales el panorama se presenta desolador, con un estado de degradación máxima, en el que la cubierta vegetal protectora está prácticamente ausente como consecuencia de la sobreexplotación de los recursos hasta la extenuación del sistema. Bajo la visión regeneracionista de los técnicos responsables la situación «ocasionaba unos funestos resultados patentes en una torrencialidad acentuada cada año que se traduce en el transporte anual de muchos millones de toneladas de tierra al mar, dejando las laderas de roca al descubierto, dificultando o imposibilitando el aprovechamiento de la riqueza hidráulica de los cursos de agua y causando graves daños en los cultivos de las vegas».

La orografía y geología de este territorio enclavado en la cuenca del Guadiana Menor –con pendientes acusadas y un sustrato fácilmente deleznable–, unida a la desaparición de la vegetación original, inducen y potencian la torrencialidad de los cursos de agua que manifiestan rápidas y fuertes crecidas. Para solucionar este problema resulta imprescindible desarrollar trabajos de corrección hidrológica mediante repoblación forestal que recuperen la cubierta vegetal y, con ella, se mejore la capacidad de regulación del agua. Se constatan así las profundas interrelaciones ecológicas del ciclo del agua y cómo para garantizar agua en cantidad y calidad suficiente, desde una óptica sectorial de gestión hidráulica, es imprescindible la adecuada conservación de las masas forestales en cabecera de cuencas. No en vano dice el aserto que el mayor embalse de Andalucía son, precisamente, los cuatro millones de hectáreas forestales que cubre la región. La serie de fotografías corresponden al entorno del Torreón y muestran los trabajos acometidos en 1932 y 1933, con la situación del monte desde la fase preoperacional hasta la finalización de las plantaciones. Siete décadas después podemos visualizar los resultados de este proyecto acometido en el pasado para las generaciones futuras del presente.



Cueva del Gato, Benaoján (Málaga)

La espectacularidad del complejo subterráneo de Hundidero-Gato, en la serranía malagueña de Ronda, explica su conocimiento y difusión desde tiempo temprano. Ya en 1805 fue visitado por el naturalista Simón de Rojas Clemente, que hace una descripción del lugar acompañada de una serie de dibujos esquemáticos. Todo ello recogido en su manuscrito *Historia Natural del Reino de Granada*, que realizó por encargo de Manuel Godoy entre 1804-1809 y que ha sido transcrito y editado por Antonio Gil Albarracín en 2002. Entre sus comentarios destacamos los siguientes: «Es muy digna de ser visitada y celebrada la Cueva del Gato, que debiera tener otro nombre más poético. Mira al Río de Ronda y arroja ella otro río de no mucha menos agua que a poco más de un tiro de bala confunde con él sus aguas, sin haber tomado siquiera nombre.

No he visto nacimiento tan hermoso tan majestuoso ni tan desatendido de la fama. Apenas lo ven y sólo de lejos, sino los pasajeros que vienen de Cortes y por allí a Ronda...»

«Los cazadores frecuentan algo esta cueva para matar palomas, también entran en ella golondrinas» (en realidad vencejos reales –*Apus melba*– que 200 años después aún crían en su entrada) «y murciélagos».

«El Tajo en que se halla y el estanque azul, que impide se entre en ella sin rodeo, la hermosean mucho, sin duda. Pero la vista exterior de ella sólo impone ya y encanta. Vese salir por su puerta una cascada de agua a precipitarse en la laguna, formar ella una gran caverna de figura bien extraña, con la higuera y las matas en los lados que la hacen más misteriosa y corren por su techo una serie de nueve cortinas y medias cortinas, sin que las exteriores impidan verse las interiores, formando así todas un lejos admirable».

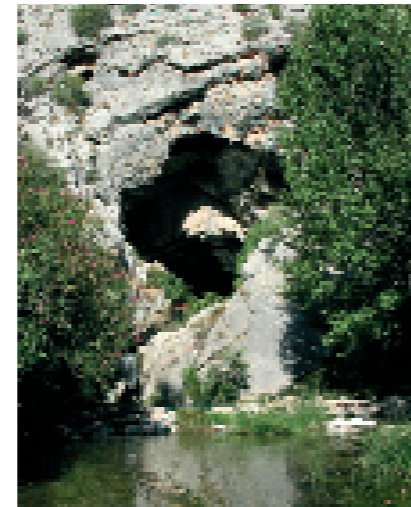
Esta descripción, en la que se adelantan ribetes románticos, viene acompañada de un par de dibujos que constituyen, que sepamos, la representación más temprana de este lugar.

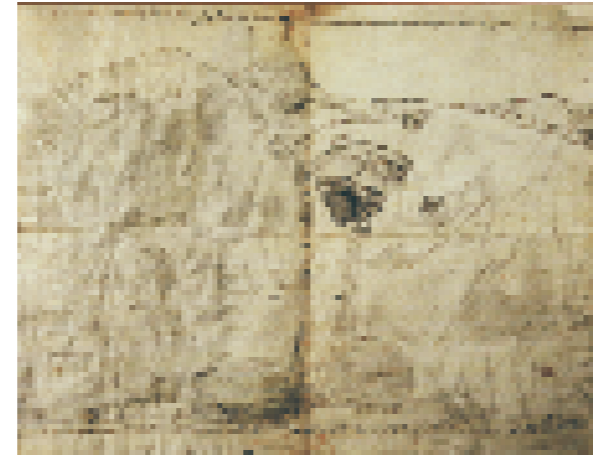
Décadas más tarde, en 1860, bajo el pincel de M. Barrón la Cueva del Gato se convierte en el lugar idóneo donde se desarrolla una escena, ahora sí, plenamente romántica: *Bandoleros en la Cueva del Gato*. Una partida de bandoleros refugiada en el interior de la gruta es sorprendida en una escaramuza por las fuerzas del orden. La acción tiene lugar en un paisaje mitad real mitad imaginado, en el que las cortinas de rocas de la entrada que tanto impresionaron a Simón de Rojas son figuradas en el lienzo con aproximada realidad. Al contrario que el horizonte del exterior visto desde el interior de la gruta, inexistente en esa ubicación pero, sin embargo, de gran similitud con el peñón que se destaca frente a la entrada de la cercana cueva de Hundidero. Todo ello

Bandoleros en la cueva del Gato
Óleo de Manuel Barrón, 1860.
Museo de Bellas Artes de Sevilla.

Cueva del Gato
Málaga, 1900-1915.
A. Lozano.

Cueva del Gato
Málaga, 2001.
Velasco Ortega, L.





Cueva del Gato
Xilografía de Rico sobre foto de J. Laurent, 1882.
La Ilustración Española y Americana.

Cueva del Gato
Dibujos de Simón de Rojas Clemente, 1809.
Historia Natural del Reino de Granada.

nos confirma que Barrón conocía el lugar y que probablemente realizó el lienzo a partir de bocetos elaborados in situ.

El resto de imágenes seleccionadas, más recientes y realistas, nos indican la variedad de personajes que visitaron Gato y cómo se mantienen en el tiempo los rasgos geomorfológicos que configuran e identifican este elemento tan singular. Persiste el patrón de matas que crecen dispersas en la pared acantilada. Incluso todavía queda alguna higuera, descendiente quizás de aquellas que con tanta exactitud ubicó Simón de Rojas Clemente hace dos siglos. La principal novedad son el puente y la estación de aforos construidos para posibilitar el estudio de los caudales de agua que salen por la cueva.



Villaluenga del Rosario (Cádiz)

La fotografía original, extraída de la obra *Geología de la Sierra de Grazalema* (1918) del ingeniero de minas Juan Gavala y Laborde, retrata la localidad serrana de Villaluenga y su entorno territorial constituido por el polje de «La Manga», por delante, y los impresionantes farallones de la «sierra del Caíllo» a su espalda.

Llama la atención la escasa variación que, a grandes rasgos, ha padecido el núcleo urbano. La estructura general del caserío, en volumetría y extensión, se mantiene bastante similar en ambas épocas. Aún guarda una apariencia de integración armoniosa con el entorno circundante, hecho cada vez más raro en las periferias urbanas de las poblaciones rurales andaluzas. Lo mismo ocurre con el espacio agroganadero inmediato en el que sigue perviviendo el patrón antiguo de linderos.

La vegetación forestal de la sierra del Caíllo manifiesta una clara recuperación. Los salpicados y raquíticos elementos leñosos de la imagen de antaño han evolucionado hacia un monte más vigoroso, aunque todavía sin cerrar dadas las restrictivas limitaciones de un medio sin apenas suelos. Este hecho se aprecia con más detalle en el matorral que aparece en primer plano de las fotografías con encinas de porte arbóreo en donde antes solo había chaparretas. Todo ello evidencia la respuesta agradecida del monte a la desaparición del carboneo y disminución del diente del ganado, principales agentes de deforestación en el pasado.

Finalmente, sobre los relieves amesetados de las cumbres, pueden vislumbrarse algunas repoblaciones forestales de pinos plantadas en la década de los setenta del siglo XX.

Villaluenga del Rosario
Cádiz, 1900.
H. Jiménez.

Villaluenga del Rosario
Cádiz, 2004.
González Portillo.



Cerro del Hierro
San Nicolás del Puerto, Sevilla, h. 1910.
Autor desconocido.



Cerro del Hierro
San Nicolás del Puerto, Sevilla, 2003.
Antonio Camoyán.

Cerro del Hierro, San Nicolás del Puerto (Sevilla)

La mina del Cerro del Hierro, en la localidad de San Nicolás del Puerto, configura uno de los paisajes más singulares y de mayor personalidad de Sierra Morena lo que ha justificado su declaración como Monumento Natural. La explotación a cielo abierto se instala sobre un llamativo complejo kárstico de calizas Cámbricas ricas en mineral de hierro que fue aprovechado desde tiempos romanos. Pero no es hasta el siglo XIX cuando se potencia la actividad extractiva para llegar a ser un ejemplo ilustrativo de la fallida revolución industrial que tuvo Andalucía. Hierro fundido en la cercana siderurgia del Pedroso procedente de esta mina fue utilizado en la construcción de elementos señeros de la arquitectura sevillana, como el puente de Triana (1845-1852) o las verjas de la Fábrica de Tabacos (1859-1862), sede actual de la universidad.

La escena, tomada a los pies del Cerro de espaldas a la explotación, retrata las «Casas de los Ingleses» al otro lado del ferrocarril minero. Corresponden a las viviendas del personal técnico y están ubicadas en una posición exenta, sobre una modesta elevación del terreno, con buenas vistas sobre la mina y la zona de carga del mineral. Estas edificaciones, de diseño peculiar para la zona, son un interesante ejemplo de arquitectura industrial de la última década del XIX cuando los derechos mineros fueron traspasados a la sociedad escocesa William Baird Mining and Co. Ltd.

La imagen antigua, tomada hacia la primera década del siglo XX, transmite una sensación de explotación en actividad febril. Muestra el ferrocarril lleno de vagonetas para transportar el mineral y las chimeneas de las casas, todas ellas humeantes. Tanto esfuerzo explotador, consumidor de recursos, no puede sino manifestarse con un entorno circundante de apariencia desolada cuya vegetación se presenta en un yermo degradado con síntomas de agotamiento.

El contraste con la imagen de 2002 es patente. Décadas de crisis hasta su cierre definitivo, en 1985, han dado un impulso a la recuperación de un paisaje en el que la minería ha sido trocada por el protagonismo de usos agrarios (ganadería, pequeños huertos, sacas modestas de leña) más en consonancia con las aptitudes del terreno. El renacer del monte de encinas adhesadas resulta insólito. A la fotografía original en blanco y negro, de aspecto sombrío, le sucede un ameno y colorista escenario de tintes bucólico que invita al esparcimiento en donde languidecen las ruinas, restos de un pasado reciente que se antoja muy lejano. Su decadencia se ve, no obstante, adornada por la presencia exótica de palmeras canarias y eucaliptos, ahora en plenitud, en un contexto bien diferente al que motivó su plantación.



Cerro del Hierro
San Nicolás del Puerto, Sevilla, 2005.
Juan Manuel Delgado.

También, a los usos tradicionales recuperados se le incorporan otros más novedosos. Quién diría, hace décadas cuando fue tomada la primera fotografía, que el lugar iba a convertirse en un foco de atracción de visitantes ávidos de paisaje y de actividades al aire libre. En nuestros días, tal como puede intuirse en la imagen reciente, el ferrocarril minero se ha convertido en Vía Verde y numerosos ciudadanos acuden al Cerro para conocerlo. Así lo indican los vehículos en la zona habilitada para estacionamiento.

Todo ello nos transporta a un universo nuevo generado a través de la deconstrucción de su pasado. Algunos vestigios no solo testimonian la memoria que fue, sino que cambian de significación con los nuevos tiempos. Así ocurre con los restos del depósito que abastecía a las máquinas de vapor que circulaban por unos raíles que ya no están, y que ahora puede contemplarse a modo de un elemento inusitado propio del *land art*.



Procedencia de las imágenes

JOSÉ MANUEL RUBIO

La información fotográfica sobre cualquier temática y espacio que elijamos es inmensa. Por otra parte se halla dispersa en toda clase de publicaciones o en documentos que permanecen en archivos de los que pueden no haber salido a la luz pública. Hay colecciones privadas y hay fototecas oficiales, así como empresas documentalistas con fondos fotográficos de diversas índoles. A lo largo del tiempo muchos fotógrafos profesionales acumularon por negocio o por simple afición negativos de temáticas varias. Y simples aficionados cuidadosos produjeron imágenes que pueden haberse conservado y ellos o sus descendientes pueden tener interés en verlas publicadas.

Junto a la aportación de las personas integradas en el proyecto, somos deudores de un sinnúmero de atenciones que hemos recibido de quienes dependen los Archivos visitados y de sus cuidadores. Sin excepción se nos abrieron todas las puertas a las que acudimos y se nos orientó para el más fácil acceso a la documentación. Lo hicieron de forma desinteresada, y testimoniarlo es lo menos que les debemos. Es la hora de detallarlo y, en algunos casos, señalar el camino y las motivaciones que nos llevaron a unas fuentes u otras. Las obras de Hernández Pacheco, por las afinidades de su profesión con alguno de nosotros, fueron un primer bloque de imágenes que nos parecieron adecuadas a los objetivos que perseguíamos y comisionamos a uno de nuestros colaboradores, Juan Martínez Rubio, para que investigase si en la Facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense se conservaba algo, ya que el hijo de Don Eduardo le había sucedido en la cátedra madrileña. El entonces director del Departamento de Geodinámica, Fermín Villaroya, confirmó la existencia de dos grandes ficheros de negativos del citado profesor. Uno de los ficheros contenía una serie

de imágenes de las provincias españolas. Desde nuestro punto de vista creemos que se trata sólo de una parte de lo que Don Eduardo hizo, pues no están todos los clichés de las fotos que aparecen en sus obras, y no tenemos forma de saber si existen otros fondos, ni donde están. En el Departamento de Geodinámica nadie tiene conciencia de que hubiera más material almacenado, ni de que alguien, tras la desaparición del hijo de Don Eduardo, haya hecho uso de ese material.

Manuel Durán Blázquez reprodujo para nosotros el material seleccionado. Es evidente que hemos utilizado fotos que están en las obras de su autor, pero también otras que no nos consta se publicasen.

Motril
Granada, 1955.
Autor desconocido.

Belmez y embalse de Sierra Boyera
Córdoba, h. 1960.
Archivo Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Jaén
h. 1930.
Autor desconocido.



Desfiladero de Los Gaitanes
en el río Guadalhorce
Málaga, 1921.
Autor desconocido.

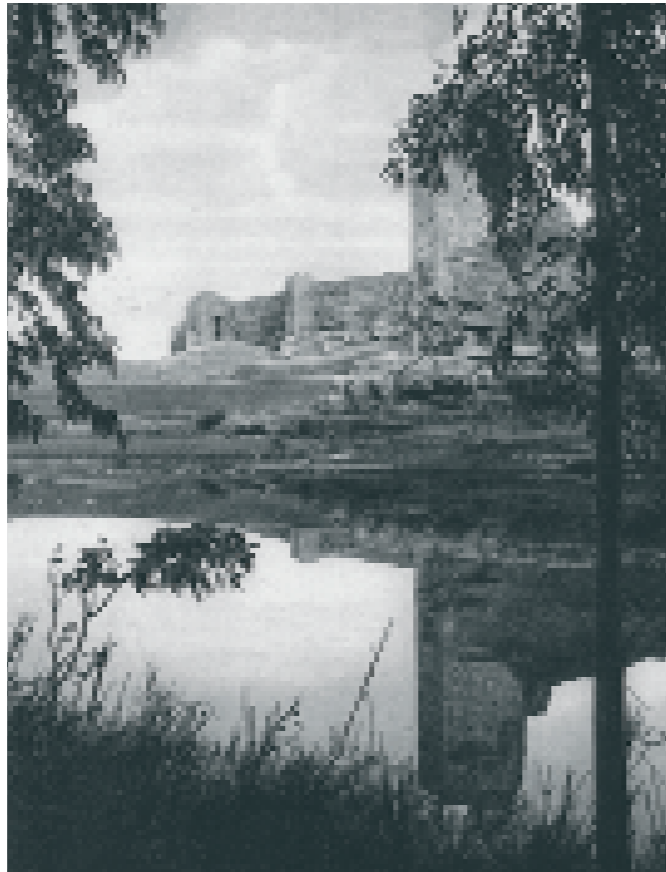
Por razones personales entré en contacto, para la maquetación de un libro sobre América Hispánica, con la sección oportuna de la editorial Espasa Calpe. Esa tarea se unió a la de ilustración y conocí a los documentalistas, que me mostraron el rico archivo, en el que se había apoyado la edición de la monumental Enciclopedia Espasa que con el tiempo siguió enriqueciéndose. «El Espasa», que es el nombre coloquial de la famosa enciclopedia, comienza a principios de siglo y se culmina en 1931, manteniéndose después con actualizaciones sucesivas hasta final de la centuria. Con el siglo XX, pues, comenzó a formarse el Archivo Gráfico de Espasa Calpe, que es el fondo documental al que se nos dió acceso para nuestros fines sin limitación alguna.

En nuestras pesquisas hemos ido de la mano de quienes son el alma de ese archivo: Manuel Durán Blázquez y Juan Miguel Sánchez Vigil, con los que había surgido una entrañable amistad desde el contacto anterior. Ambos se convirtieron en guía y ayuda generosa e inestimable, fuera de límites pensables. Un simple recorte de una vieja foto, procedente sabe Dios de qué revista, tiene para ellos suficientes pistas para permitirles identificar, con notable precisión, época en la que se hizo y, muchas veces, por las características generales de la imagen, los posibles autores. Estar a su lado fue todo un privilegio, lo mismo que salir al campo con ellos, verles trabajar con sus cámaras y comprobar los resultados.

La historia e importancia del fondo documental que tiene el archivo de Espasa Calpe pueden encontrarla leyendo la introducción a la obra *España en Blanco y Negro* (1992), editada por la citada empresa, de la mano de los dos documentalistas. Agradecerles su ayuda es muy poco para lo que les debemos y, sobre todo, en mi caso personal.

En nuestra búsqueda de fondos nos pareció que la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir podría ser depositaria de documentación de nuestro interés. Nos encaminamos hacia la persona responsable del archivo, Natividad Paños que, tras la oportuna autorización del director técnico de la Confederación, Juan Saura Martínez, nos orientó y dio toda clase de facilidades para el rico y bien ordenado Archivo. Hay una ingente documentación en cajas y legajos sobre cada proyecto de obra, pero en la ficha no se especifica la existencia de imágenes fotográficas. Y luego, hay una serie de legajos con fotos, que pueden o no tener la oportuna referencia de fecha y lugar, aunque hay veces que se puede inferir. En un primer intento de diez o doce jornadas de trabajo, obtuvimos un aceptable número de fotos, que incorporamos. Damos las gracias por esta contribución a las personas citadas y a las que nos atendieron en el depósito del archivo.

Somos conscientes de tener muchas lagunas de fondos por explorar: archivos de otras provincias y, por supuesto, Fototeca y Biblioteca Nacional en Madrid. En esa ciudad han de existir



El Río Tinto a su paso por Niebla
Huelva, 1920.
Autor desconocido.

empresas con fondos fotográficos, como Oronoz, a la que visitamos, pero sin resultado, porque sus negativos no van para atrás de 1950.

Tampoco dieron resultados productivos la investigación en la Fototeca Municipal de Sevilla. En cualquier caso agradecemos la colaboración que se nos brindó.

El Archivo de Río Tinto, al que se nos autorizó a acceder, contiene un espléndido material que, por sí solo, daría para una publicación. Si no hemos hecho uso de él es por la cantidad de originales de otras procedencias de que disponemos de ese lugar.

Hasta aquí los archivos. Luego, gracias a la cesión para su reproducción de algunos fondos familiares y de bibliotecas particulares o públicas a las que hemos tenido acceso, se ha obtenido otro conjunto de fotogramas de los que en algún caso merece que reseñemos y que, en otros, basta con la referencia que acompaña a la fotografía.

Un gran paquete de fotos procede de una publicación de los años próximos a 1900 y que por su fecha de origen tenía un valor intrínseco. Se trata de una colección de fascículos, sin autor, que se publicaban y encuadernaban, pero no siempre por provincias, y que se pensó realizar para toda España. Curiosamente, aunque tampoco tenemos certeza absoluta, una de las pocas regiones que se completó fue Andalucía. Esta información procede de comunicaciones verbales con los propietarios de librerías anticuarias de Sevilla –la de Los Terceros y la del Desván–. Y los tomos manejados están en la Biblioteca del Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, cuya directora autorizó la reproducción.

Se trata del llamado *Portfolio Fotográfico de España*, editado en Barcelona por A. Martín. A partir de la información que aparece en alguna contracubierta, entendemos que se publicaron 50 fascículos o cuadernillos provinciales y, después, se continuó con fascículos de Partidos Judiciales, advirtiendo que esa segunda serie sólo publicaría «los más importantes». No parece que tuvieran normas de encuadernación, aunque los que hemos manejado y otros que conocemos lo están en conjuntos de 12 fascículos con las reproducciones fotográficas a tamaño postal (9 x 14 cm.).

Aparte de los «Portfolios», también se han incluido un número notable de imágenes procedentes de diversas publicaciones consultadas, cuyas referencias se indican más adelante. A destacar, entre ellas, la meritoria obra *Paisaje Forestal Andaluz. Ayer y Hoy*, de Miguel Álvarez Calvente, editada en 2001 por la Consejería de Medio Ambiente con la participación de IBERSILVA con motivo del III Congreso Forestal Español. En ella se incluyen pares de fotografías, antiguas y actuales, de escenarios forestales andaluces. Igualmente, en la reedición facsímil de la obra *Estudio sobre la Vegetación Forestal de la Provincia de Cádiz* (1930), de Luis Ceballos y Manuel Mar-

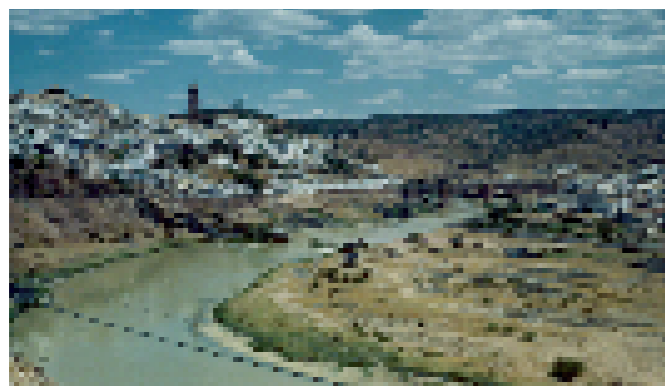


tín Bolaños, auspiciada por la Consejería de Medio Ambiente en el año 2002, también se recogen pares de imágenes antiguas y actuales que se han aprovechado en su totalidad.

Hay una serie de fotos, referidas a la parte norte de Las Marismas del Guadalquivir que generosamente nos ha cedido José González Arteaga. Son de principios del siglo XX y pertenecieron a la compañía inglesa que intentó la colonización de la parte norte de Isla Mayor y que fracasó al cabo de unos pocos años. Quien las aporta es un experto conocedor de dicha comarca, sobre la que ha realizado su tesis doctoral.

La procedencia de todas las representaciones incluidas en este Banco Documental de Imágenes de Paisajes de Andalucía se indica en la bibliografía, página 95 de este libro.

Alcalá de Guadaíra
Sevilla, h. 1880.
Lucien Levy.



Embalse de Los Hurones
Ubrique, Cádiz, 1965-70.

Archivo Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Arcos de la Frontera
Cádiz, 1930-36. Archivo Espasa.

Torreperogil
Jaén, 1925. Archivo Espasa.

Montoro y río Guadalquivir
Córdoba, h. 1960.

Archivo Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Playa de Nerja
Málaga, 1970. Archivo Espasa.

Banco documental de paisajes de Andalucía

PACO PORTILLO

JUAN MANUEL DELGADO

Un laborioso periodo de búsqueda de documentación gráfica compuesta por fotografías que pudieran ilustrar la cultura, la historia y los paisajes de Andalucía, ha fructificado en este archivo documental de Imágenes de Paisajes de Andalucía, que aquí se presenta en formato DVD. Cuenta con imágenes, la mayoría fotografías, aunque también se han incluido algunos grabados. Retratando el entorno, desde finales del siglo XIX hasta la década de los 60, de la sociedad de nuestros antepasados más directos y contribuyen a entender mejor el medio que nos rodea en la actualidad. En algunos casos se han incorporado fotografías recientes de los mismos escenarios para así comparar los cambios acontecidos a lo largo del tiempo.

Las imágenes, procedentes de diferentes instituciones, archivos públicos y privados, bibliotecas, recuerdos personales, libros, etc., nos ayudan a comprender la vida y costumbres de la época y compararla con el presente que nos rodea.

Estas imágenes se han digitalizado con la resolución adecuada para su reproducción, no obstante el resultado final variará mucho de una a otra según la calidad del documento original copiado. Hasta donde era posible, en aquellos casos de interés, se han «limpiado» las imágenes para mejorarlas aunque sin manipular ni alterar la información contenida.

Visualización de las imágenes

Esta obra impresa se complementa con la recopilación, en formato digital, de una gran selección de material gráfico incluido en un DVD.

La aplicación informática elegida ha sido Acrobat Reader, que se acompaña también en el DVD. Esta aplicación, de fácil uso, se ha convertido en la plataforma más empleada para el intercambio de grandes archivos de textos e imágenes.

La visualización de esta selección de imágenes se ha realizado en base a una secuencia de consulta totalmente guiada en la que el interesado no tiene ni siquiera por qué aprender el funcionamiento básico de esta fácil aplicación, sólo tiene que seguir las indicaciones que se le dan en cada momento.

Puede ser instalado en cualquier PC con Windows desde la versión 98.

Para facilitar la consulta se ofrece un sistema de navegación por el que nos moveremos con gran facilidad. La consulta se puede hacer desde cualquiera de las tres posibilidades que se ofrecen:

- Por provincias, y dentro de ellas por comarcas (A)
- Por fechas (B)
- Por autores, o procedencia de las imágenes (C)

Cada imagen se muestra en una página, de forma individual y le acompaña una reseña en la que se indica: lugar, autor (si se conoce), procedencia y notas aclaratorias (en algunos casos se han incluido pies de fotos del mismo autor de la fotografía, recogidos junto con la propia imagen).

Todas las imágenes que se pueden visualizar están cargadas en alta resolución.

En la página anterior se muestran las diferentes opciones de visualización que nos encontraremos dentro del DVD.





Río Guadalquivir
1930. Vista aérea hacia el suroeste, con el Puntal en la orilla de Cádiz y el Caño de Brenes en la banda de Huelva. En primer plano, a la derecha, la desembocadura del Brazo de la Torre, en Sevilla; y al fondo las dunas de Doñana y el Atlántico.
Archivo Espasa.

Fuentes documentales

Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía. Archivo Espasa, Madrid. Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Museo de Artes y Costumbres de Sevilla. Colección Hernández Pacheco. Colección González Arteaga. Colección Familia Cuevas Carmona. Colección Francisco González Portillo. Colección Juan M. Delgado. Colección José Manuel Rubio.

Bibliografía

ÁLVAREZ CALVENTE, M.: *Paisaje forestal andaluz ayer y hoy*. Ibersilva. Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía. 2001.

BARBEY, A.: *A travers les Forêts de Pinsapo d'Andalouse*. E. Librairie Agricole, París, 1931. Edic. facsímil. Junta de Andalucía, 1996.

CABANÁS, R.: El macizo batolítico de Los Pedroches. Real Academia de Ciencias. Exactas. Físicas y. Naturales, Madrid, 1968.

CEBALLOS, L. Y MARTÍN BOLAÑOS, M.: *Estudio sobre la vegetación forestal de la provincia de Cádiz*. Instituto Forestal de Investigaciones y

Experiencias. Madrid, 1930. Edic. facsímil. Junta de Andalucía, 2000.

CEBALLOS, L. Y VICIOSO, C.: *Estudio sobre la vegetación y la flora forestal de la provincia de Málaga*, Madrid, 1933.

CERDÁN MÁRQUEZ, C., GEORG LEISNER y VERA LEISNER: *Los sepulcros megalíticos de Huelva*. Ministerio de Educación Nacional. Madrid, 1952.

CHARLES-A. VAUCHER: *Andalousie sauvage*. Editions Marguerat, Lausanne 1967.

GAVALA Y LABORDE, J.: *Descripción geográfica y geológica de la Serranía de Grazalema*. Boletín del Instituto Geológico de España. Madrid, 1918.

HERNÁNDEZ PACHECO, E.: *Fisiografía del solar hispano*. R.A.C.E.F. y N., Madrid, 1955.

HERNÁNDEZ PACHECO, E.: *Síntesis Fisiográfica y geológica de España*, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, 1932.

HIELSCHER, K.: *La España incógnita*. Editorial Espasa Calpe, 1921.

HÜRLIMAN, M.: *España*. Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1955.

LITVAK, L.: *El tiempo de los trenes*. Ediciones del Serbal. Barcelona, 1991.

MÁRMOL, E.: *Las Minas de Riotinto. Técnica, historia, economía y arte*, 1935.

MARTÍN ECHEVARRÍA, L.: *España, el país y los habitantes*. Editorial Atlante. México, 1940.

PEREIRAS HURTADO, E. y HOLGADO BRENES, J.M.: *Andalucía en blanco y negro*. Espasa Calpe, 1999.

RAMOS, A. y MALDONADO, J.: *Imágenes de la Bahía*. Consejería de Cultura y Medio Ambiente. Junta de Andalucía. Cádiz, 1992.

ROJAS CLEMENTE, S.: *Viaje a Andalucía, 1804-1809*. Edit. A. Gil Albarraacín. Almería, Barcelona, 2002.

SERMET, J.: *La España del Sur*. Editorial Juventud. Barcelona, 1956.

SIECBER, O.: *Spanien*. Verlag Ludwig Simon - München 1960.

SOLER Y PÉREZ, L.: *Las Alpujarras y Sierra Nevada*, Madrid, 1906.

STOCKEN, C. M.: *Andalusian flowers and countryside*. Thurleston, Devon, 1969.

VERNER, W.: *My life among*

the wild birds in Spain. John Bole. Londres, 1909.

V.V.A.A.: *El Alto Guadalquivir en el recuerdo*, Mancomunidad de Municipios Alto Guadalquivir, 2002.

Tomo I Sección de Estudios y Proyectos, Club Alpino Español, Madrid, 1917. *Patrimonio Forestal del Estado*. Memoria 1940-1949. Madrid 1951.

Portfolio Fotográfico de España. Editorial Alberto Martín. Barcelona 1900-1910.

Chapman, Abel y Buck, Walter J. *Unexplored Spain*. Londres, 1910. Ed. Edward Arnold, 1910. Consejería de Obras Públicas y Transportes, 1999

FERNÁNDEZ R., JUAN A. *Historia de la fotografía en Málaga durante el siglo XIX*. Editorial Miramar, Málaga, 1994.

V.V.A.A. *Belo et son enviroment*. Casa de Velázquez, París, 1983.

Índice de fotografías

Cubierta

Cuevas de Almanzora. Almería, 1929. Hernández Pacheco. Archivo del autor.

Página 12

Eduardo Hernández Pacheco.

Página 14

Charco del Fraile en el río Jándula. Jaén, 1929. Hernández Pacheco.

Página 16

El Palo, costa de Málaga, h. 1925. Hernández Pacheco.

Página 18

Torcal de Antequera. Málaga, 1935. Hernández Pacheco.

Página 20

Vista de Gibraltar desde La Línea. Cádiz, 1935. Hernández Pacheco.

Página 22

Cabo de Gata. Almería, h. 1930. Hernández Pacheco.

Página 24

Murallas de Cádiz, h. 1920. Hernández Pacheco.

Página 26

Carmona. Sevilla, h. 1930. Hernández Pacheco.

Página 28

Fábrica de cerámica de La Cartuja de Sevilla. Orillas del Guadalquivir, h. 1930. Hernández Pacheco.

Página 32

Campo de Olvera. Cádiz, h. 1950-60. Archivo Familia Cuevas Carmona.

Sierra Nevada. Granada, 1920. Archivo Espasa. Valle de los Pedroches. Córdoba, 1955-1965. Autor desconocido. *El macizo batolítico de Los Pedroches*, Rafael Cabanás. Madrid, 1968.

Guadix. Granada, 1950. Archivo Espasa.

Puente del Churre. Lora del Río, Sevilla, 1900-1910. Autor desconocido. *Portfolio Fotográfico de España*. Editorial Alberto Martín. Barcelona, 1900-1910.

Río Guadalquivir. 1930. Hernández Pacheco.

Página 34

Peña de Arias Montano. Alájar, Huelva, h. 1930. Hernández Pacheco.

Página 36

Explotación minera de La Zarza. Calañas, Huelva, h. 1929-1930. Hernández Pacheco.

Puentes sobre el Guadalete. Embalse de Zahara de la Sierra, 1950. Archivo Espasa.

Página 40

La choza, primer habitáculo marismeño. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 42

Puente en el Rincón de los Lirios. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 44

Construcción de puente en Calonge. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Obras en Colinas. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 46

Construcción de caminos para el «ferrocarril» de la Compañía. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Raíles de la vía férrea que atravesaba la Isla Mayor de este a oeste. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 48

Construcción del muro de contención de Los Pobres. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Primeras cosechas recolectadas en el Rincón de los Lirios. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 50

Reses de Concha y Sierra a orillas del Guadalquivir. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga. Primeros arrozales en Isla Mayor. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 52

Inundación de la marisma. Invierno 1927-28. Marismas del Guadalquivir, 1927-1930. Colección González Arteaga.

Página 54

Muelle de San Carlos en Reina Victoria. Orillas del Guadalquivir, 1927-1930. Serrano. Colección González Arteaga.

Página 58

Cabo de Gata. Almería, h. 1930. Hernández Pacheco.

Cabo de Gata. Almería, 2006. González Portillo.

Página 60

Poblado de Los Carrascos. Almería, 1968. M. Magaña. *Paisaje forestal andaluz de ayer y de hoy*. Ibersilva-Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía, 2001.

Poblado de Los Carrascos. Almería, 1999. M. Magaña (¿)

Página 62

Los Barrios. Alcornoques sobre areniscas de la Aljibe. Cádiz, h. 1920-1930. Luis Ceballos y M. Martín Bolaños. *Estudio sobre la vegetación de la provincia de Cádiz*. Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias. Madrid, 1930. Ed. Facsímil Junta de Andalucía, 2000.

Los Barrios. Alcornoques sobre areniscas de la Aljibe. Cádiz, 2001. González Portillo.

Página 64

Pinsapar de la vertiente norte

de la Sierra del Pinar. Cádiz, h. 1920-1930. Luis Ceballos y M. Martín Bolaños. *Estudio sobre la vegetación de la provincia de Cádiz*. Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias. Madrid, 1930. Ed. Facsímil Junta de Andalucía, 2000.

Pinsapar de la vertiente norte de la Sierra del Pinar. Cádiz, 2001. Julio J. Ceballos Benito.

Página 66

El Torreón. Montes de Esfiliana, Granada, 1930. L. Casado.

El Torreón. Montes de Esfiliana, Granada, 1932. Autor desconocido.

El Torreón. Montes de Esfiliana, Granada, 1946. Autor desconocido.

El Torreón. Montes de Esfiliana, Granada, 2001. J. González Cordero. *Paisaje forestal andaluz de ayer y de hoy*. Ibersilva-Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía.

Página 68

Bandoleros en la cueva del Gato. Óleo de Manuel Barrón, 1860. Museo de Bellas Artes de Sevilla.

Cueva del Gato. Málaga, 1900-1915. A. Lozano. *Estudios y Proyectos del Club Alpino Español, Tomo I*. Madrid, 1917.

Cueva del Gato. Málaga, 2001. Velasco Ortega, L.

Página 70

Cueva del Gato. Xilografía de Rico sobre foto de J. Laurent, 1882. *La Ilustración Española y Americana*, año XXVI, nº XV. Madrid, marzo 1882.

Dibujos de Simón de Rojas Clemente. *Viaje al Reino de Granada*, 1809.

Página 72

Villaluenga del Rosario. Cádiz, 1900. Gavala y Laborde, J. *Descripción geográfica y geológica de la Serranía de Grazalema*. Boletín del Instituto geológico de España. Madrid, 1928.

Villaluenga del Rosario. Cadiz, 2004. González Portillo.

Página 74

Cerro del Hierro. San Nicolás del Puerto, Sevilla, h. 1910. Autor desconocido. Archivo Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía.

Cerro del Hierro. San Nicolás del Puerto, Sevilla, 2002. Antonio Camoyán. Archivo Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía.

Página 76

Cerro del Hierro. San Nicolás del Puerto, Sevilla, 2005. Antonio Camoyán. Archivo Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía. Juan Manuel Delgado.

Página 80

Motril. Granada, 1955. Autor desconocido. *España*. Editorial Labor. Zurich, 1955.

Bélmez y embalse de Sierra Boyera. Córdoba. h. 1960. Archivo Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Jaén. h. 1930. Autor desconocido. *España*. Editorial Labor. Zurich, 1955.

Página 82

Desfiladero de Los Gaitanes en el río Guadalhorce. Autor desconocido. *La España incógnita*. Editorial E. Canona, 1921.

Página 84

El Río Tinto a su paso por Niebla. Huelva, 1920. Autor desconocido. *La España incógnita*. Editorial E. Canona, 1921.

Página 86

Alcalá de Guadaira. Sevilla, h.1880. Lucien Levy. *Andalucía en blanco y negro*. Editorial Espasa, 1999.

Página 90

Embalse de Los Hurones. Ubrique, Cádiz, 1965-70. Archivo Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Arcos de la Frontera. Cádiz, 1930-36. Autor desconocido. Archivo Espasa.

Torreperogil. Jaén, 1925. Autor desconocido. Archivo Espasa.

Montoro. Córdoba, h. 1960. Archivo Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

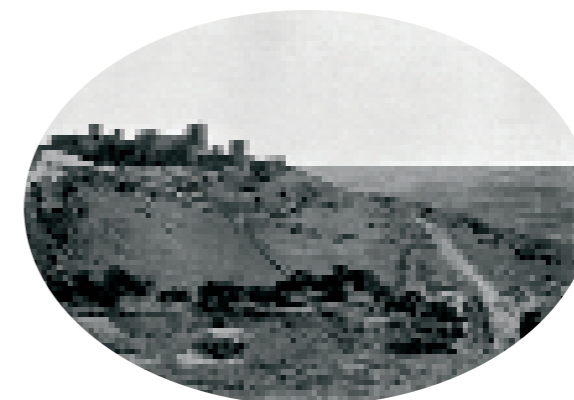
Nerja. Málaga, 1970. Archivo Espasa.

Página 94

Río Guadalquivir. 1930. Archivo Espasa.

Colofón

Carmona. 1930. Archivo Espasa.



*Se terminó de imprimir
en septiembre de dos mil siete,
en los talleres de TF impresores*